

Crónica de ambos Mundos,

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO II.

DOMINGO 25 DE AGOSTO DE 1861.

NÚM. 16.

SUMARIO.

Crónica general.—*Los ingleses, estudio sobre la vida y costumbres del pueblo bajo de Londres*, por D. J. S. Bazan.—*El discurso de Cobden.*—*Del Tanto por Ciento, y de las polémicas que ha originado*, por D. Federico Villalva.—*Los Campesinos.*—*Viaje del capitán Burton á los lagos del Africa central y á los manantiales del Nilo.*—*El bálsamo de las penas*, por Doña Angela Grasi.—*Revista de Madrid.*

CRÓNICA GENERAL.

I.

Al ver los viajes que hacen los ministros, sus escursiones de placer y la manera con que se solazan contemplando el entusiasmo con que sus amigos agradecidos los acogen, cualquiera creeria que la situacion del gobierno era desahagadísima y que no teniendo sus individuos en qué pensar, dedicaban al solaz el tiempo que su habilidad y justicia les habia dejado libre y sin inquietudes.

Pero como consta por el contrario que así en el interior como en el exterior llueven sobre él las complicaciones, es cosa que admira ver la impavidez con que se divierten los ministros al borde mismo del precipicio en que amenazan hundirse sus vidas ministeriales. Semejantes á esos escépticos que conociendo que se acerca el fin de su vida, quieren disfrutar todo género de placeres para esperar la muerte hastiados de goces, comprenden que puesto que el fin de sus glorias está cercano, vale mas dar al olvido las penas y divertirse cuanto sea posible.

Por eso sin duda viajan, por un lado en íntima amistad el presidente del consejo y el ministro de la Gobernacion, por otro el de Hacienda, el de Marina se distrae por el extranjero de sus faenas marítimas, el de Gracia y Justicia descansa en paz de sus desahucios despues de haber hecho tambien su viagecito y los de Estado y Fomento acompañan á SS. MM. creyendo tal vez de buena fé que el entusiasmo que la familia real despierta, les corresponde una gran parte.

Con dificultad puede presentarse, sin embargo, situacion mas delicada que la del gabinete. Al paso que en los asuntos interiores se encuentra con la grave cuestion de las conspiraciones de Andalucía y la lucha á muerte que ha empeñado con la prensa al mismo tiempo que con todos los árduos negocios que no pudiendo resolver tuvo que aplazar disolviendo

do las córtes, ve en el exterior obscurecerse el horizonte por el lado de Marruecos, que sus delegados sufren un fiasco en Haiti, que los asuntos de Venezuela y Méjico se complican y que el gobierno italiano cansado de sus medias tintas en la cuestion de los cónsules y de los archivos consulares se cuadra y exige resoluciones inmediatas y terminantes.

Las conspiraciones de Andalucía que tan malos ratos le han dado antes de convertirse en rebelion, despues de convertidas y hasta cuando era esta sofocada le han proporcionado en su agonía, en las causas formadas en persecucion de los que se revelaron un nuevo y grande descalabro.

Ilegal é injustamente habian dado órdenes terminantes las autoridades á sus delegados para que entregasen á los consejos de guerra á cuantos aprehendiesen por creerlos complicados en la rebelion de Loja, y gran número de infelices que con arreglo á las leyes no estaban desaforados, fueron arrastrados al tribunal militar y juzgados con severidad inusitada. Aherrojada la prensa y temerosa de recogidas y denuncias, inminentes é irremediables siempre que se trataba de los asuntos de Loja, guardó silencio por espacio de mucho tiempo; pero una competencia suscitada por el juez de primera instancia de Antequera vino á dar al gobierno el oportuno castigo y la *Gaceta* publicando la sentencia del tribunal supremo de Justicia, dijo mas en un solo día en contra de la situacion, que cuanto hubiera podido decir en los tres meses que llevan de persecucion los periódicos oposicionistas. El Tribunal Supremo ha declarado que tan solo los rebeldes aprehendidos por la tropa y cuando estaban haciendo resistencia son los desaforados, y hecho ver, por lo tanto, que ese gran número de infelices que aprehendidos por las autoridades militares han ido á los consejos de guerra, y de allí á los presidios y á Fernando Póo, no han sido juzgados por el tribunal que las leyes les asignan, sino por otro á todas luces incompetente.

La situacion de la prensa continúa siendo cada día mas crítica. En la guerra á muerte que se han declarado ella y el gobierno, tiene la peor parte hasta ahora, pero concluirá por triunfar. Eso de peor parte necesita su explicacion. En el concepto público cada uno de sus descalabros es un triunfo, pero las condenas menudean sobre ella de un modo verdaderamente lamentable. Así como un ejército que marcha á pecho descubierto resuelto y tranquilamente y arma al brazo al asalto de una posicion bien defendida y que sufre impávido el fuego de los defensores

de ella. en la seguridad de llegar y tomarla, así la prensa sufre sus bajas y sus descalabros; pero marcha desembarada y resueltamente á concluir con la situación, estrechando las distancias cada día mas. Sus derrotas de hoy le preparan el camino de la victoria.

El país observa con gozo su resolución y firmeza, y no tan solo le presta su apoyo moral, sino que sigue facilitando los medios á algunos de sus órganos para que luchen á muerte y sin tregua.

No se ha dado todavía un solo caso de que en guerra con la prensa haya quedado un gobierno vencedor. Siempre ha sido la victoria para la prensa. Ningun gobierno ha podido concluir con ella y ella ha acabado con todos los gobiernos que le han sido hostiles, y concluirá tambien con este, menos fuerte que otros á quienes ha logrado derribar.

Digan cuanto quieran los diarios ministeriales, es indudable que ha habido negociaciones pendientes entre la Gran-Bretaña y el gobierno marroquí para la cesion, cuando menos temporal, de Tánger á aquella potencia. Han fracasado, es verdad, pero no por otra cosa que por haberse negado el sultan á admitir el pago que la Gran-Bretaña queria hacer de nuestra indemnización para quedarse en cambio con Tánger. S. M. marroquí ha creído que vale mas quedarse con el dinero y con Tánger, y sin el dinero ó con el dinero y sin Tánger. En vez de escoger entre dos cosas se ha apasionado de ambas, y se propone burlar á un mismo tiempo los legítimos derechos de España y los codiciosos proyectos de Inglaterra. Tetuan sigue entre tanto sin ser española ni marroquí, y de este modo se deja sentir en aquella cuestion ese espíritu indeciso y vacilante que constituye el peculiar carácter del gobierno.

Pero lo que es en alto grado curioso es lo que está pasando con la cuestion de Méjico. Cuando España ha dejado pasar sin acordarse de tomar venganza mas tiempo del que hubiera sido necesario para decidirse á exigir satisfacciones ó á tolerar los insultos, cuando ya estaban casi olvidados los sucesos que nos pusieron en tan grave conflicto, se levanta de un salto, el gobierno que dormía profundamente y abreviando esplicaciones corta por lo sano y quiere llevar la guerra allí donde ni aun supo exigir con una energía mediana y digna de que fuera atendido.

De ello deducen los maliciosos que de lo que se trata no es de vengar insultos, sino de atolondrar á la nacion con una guerra por el estilo la de Africa, despertar su entusiasmo para que olvidando la política perdone la vida al gobierno, y cosechar laureles mas ó menos marchitos, pero que cubran las muchas torpezas cometidas.

El plan es, sin embargo, muy poco ingenioso. El gato escaldado..... y la nacion que sabe á qué atenerse acerca de tales manejos, no se dejará alucinar como antes.

II.

El discurso últimamente pronunciado por monsieur Morny, ha provocado diversas reclamaciones de parte de la prensa francesa. La mayor parte de los

periódicos de París, creen que la espresion *libertades concedidas* (1) empleada por el presidente del cuerpo legislativo, es pordemás impropia, y recuerda demasado la *carta concedida* de Luis XVIII. Si la frase de Mr. Morny tuviese realmente la intencion que se le atribuye, estas observaciones serian fundadas; pero no es así, y para convencerse de ello, basta con recordar que aquí no se habla del principio, el cual ni aun se ha tratado de discutir, sino de una simple modificacion en la manera de aplicarlo. La constitucion misma tuvo buen cuidado de poner el derecho á cubierto, cuando dijo que cualquier cambio que en ella se quisiera introducir, tenia que ser sometido á un plebiscito.

Lo que nos llama sobre todo la atencion en los discursos de Mr. de Morny y de Mr. de la Guéronnière, y lo mismo sucederá á todo aquel que siga sin prevencion la política interior de Napoleon III, es la persistencia de este soberano en popularizar en Francia ciertas costumbres inglesas que tienen por resultado poner en contacto directo al gobierno con las poblaciones, iniciándolas, por medio de los hombres de estado, en sus pensamientos y proyectos. En Francia no hay *meetings*, donde los diputados ministeriales, los ministros mismos y sus amigos, puedan explicar la política del gabinete, y defender al gobierno; pero la importancia que se trata de dar á los consejos generales, en los cuales figuran todos los ministros y personas notables de la corte, del ejército y de la administracion, prueba que se quiere hacerles desempeñar un papel igual al de las asambleas inglesas.

En tal caso, el emperador no podia encontrar hombres mas idóneos, intérpretes mas hábiles de su pensamiento que los dos personajes que acabamos de citar, porque salvo la frase que hemos subrayado, el discurso de Mr. de Morny hubiera sido tan unánimemente aprobado, como el de Mr. de la Guéronnière.

La permanencia del rey de Suecia en Francia, aunque corta, ha dado, sin embargo, lugar á toda especie de conjeturas, menos fundadas las unas que las otras. El deseo de parecer mas instruido que los demás, ha arrastrado á un periódico inglés, el cual llega hasta decir que es cosa acordada entre los soberanos de Suecia y Francia la reunion de Dinamarca al Reino Unido de Suecia y Noruega. Hé aquí que se saca á plaza una nueva cuestion, la cuestion escandinava, de que nadie ahora se acordaba; pero por fortuna podemos, tomándola de nuestro corresponsal de París, dar á los lectores de la CRÓNICA la seguridad de que todo lo dicho por el periódico inglés es una pura ficcion, pues la visita del rey de Suecia no ha tenido ni remotamente tal objeto.

En la misma categoria, debe tambien clasificarse la noticia dada por un diario Belga, de la pretendida promesa del gobierno francés sobre la duracion indefinida de la ocupacion de Roma. Es evidente que en esta cuestion el gabinete de las Tullerías quiere re-

(1) El texto dice: «libertés octroyées»

servarse toda su libertad de acción, y por lo tanto no puede hacer ningun ofrecimiento de este género.

El gobierno italiano continúa llevando á cabo su tarea, y marcha con calma y firmeza hácia el fin que se ha propuesto conseguir. En el interior, responde á las desesperadas tentativas de la reaccion, con medidas que no pueden menos de apresurar la unificación, y en el extranjero espone bajo su verdadero punto de vista la situación actual, tal como es, á causa de los manejos del partido cuyos jefes se encuentran en Viena, aun cuando los encargados de obrar permanecen en Roma.

Mr. Ricasoli, en una circular dirigida á todos los representantes de Italia, demuestra que lo mismo que hoy sucede en la Italia meridional ha ocurrido en Francia é Inglaterra en las épocas de grandes trasformaciones sociales. Solo que, en los países citados, la lucha reconocia una causa política, mientras que en Nápoles son los bandidos, raza endémica de aquellas comarcas, los que poniéndose á sueldo de la reaccion, y auxiliados por algunos soldados del antiguo ejército de Francisco II y voluntarios extranjeros pagados con el dinero del Santo Padre, combaten, pillan, asesinan y roban en nombre de una causa que no puede ya tener defensores formales, y contra un gobierno y un estado de cosas que los pueblos mismos han pedido, y que tan solo vela por los pueblos. Y la prueba de que el país no toma la menor parte en estos desórdenes promovidos por la reaccion, está en que de las 15 provincias napolitanas, solo hay cinco, precisamente las que tocan los límites del territorio romano, donde reina esa perturbacion que quiere llamarse con otro nombre, y no es sino una compañía de bandidos encargada de distraer y ocupar la atencion del gobierno de Victor Manuel.

El ex-rey de las Dos Sicilias, ha abandonado á Roma, segun los últimos partes telegráficos, y la escuadra inglesa que se hallaba en Castellamare, parece que en vista de esto se ha hecho á la mar. Sin embargo, sobre la verdad de la última noticia, nada podemos asegurar, y no hacemos sino repetir lo que se dice.

Los proyectos de respuesta al mensaje del emperador de Austria, sometidos á las dos Cámaras del Reichsrath, son en el fondo esencialmente gubernamentales. La Cámara de los diputados, por ejemplo, no contenta con aprobar la disolucion de la Dieta Húngara y todas las demás medidas tomadas por el gobierno, insinúa además que en último caso puede muy bien, sin el concurso de los diputados de los reinos que se obstinen en retraerse, representar tal cual se halla constituida los intereses de la nacion entera. Semejante actitud no podia menos de provocar muy vivas discusiones. Y en efecto, así ha sucedido. En una de las últimas sesiones, un diputado de la Gallitzia sostuvo que el ministerio, no solo no era digno del voto de confianza, sino que merecia un voto unánime de censura. Otro diputado presentó un nuevo proyecto de respuesta pidiendo la descentralización. Se puede, pues, asegurar, que en el seno mismo del Reichsrath, los principios proclamados por

el mensaje, serán reprobados por una considerable minoría. No por eso dejará de ser votada la respuesta; pero la votarán solo y exclusivamente los diputados alemanes, y es decir que será aprobada por una mayoría facticia. No obstante, nos parece imposible que así y todo no hagan alguna salvedad, no aludan aunque sea muy ligeramente á los dolorosos acontecimientos que han dado al parecer motivo, ó en los que al menos se funda el emperador para dictar, como lo ha hecho, medidas tan severas. La Cámara no puede menos de hacer constar de algun modo su sentimiento por tales ocurrencias, ya que se decida á apoyar las órdenes represivas dictadas por el gobierno.

Recibimos de Pesth una noticia que no carece de gravedad. Se han suspendido las sesiones del comitado de aquella ciudad, á consecuencia de su protesta contra la disolucion de la Dieta. Y lo que añade mayor importancia á este hecho, es la circunstancia de que las autoridades militares habian mandado fijar en las esquinas bandos amenazadores.

No nos atrevemos á creer, á pesar de todo, que la cuestion acabe belicosamente. Las apariencias parecen indicarlo; pero muy á menudo, así en la vida privada, como en política y en la vida de los pueblos, las apariencias suelen ser engañosas, y precisamente cuando mas se teme la explosion, es cuando mas próxima se halla la solucion pacífica del asunto.

Los hechos dirán, y veremos si como esperamos vienen á confirmar nuestras previsiones.

Por su parte, la cuestion polonesa toma desde hace poco un aspecto nuevo, y se desarrolla, aumentando los embarazos de Rusia, y dando mayores esperanzas á los patriotas de aquel heroico y paciente pueblo.

Hasta ahora al hablar de Polonia, sobre todo en la Europa Occidental, se hacia principalmente referencia ó se trataba solo del pequeño reino creado en 1815, ó todo lo más de la Polonia de 1792. Las demás provincias parecian abandonarse á la Rusia. En este momento, la mas importante de esas provincias, protesta contra tan injusto olvido, se asocia enérgicamente al movimiento nacional, y quiere, cualquiera que ella sea, participar de la suerte de esa porcion de la nacion polonesa que siquiera ha conservado el nombre de Polonia.

Y no va descaminada al hacerlo así, que razon le sobra para ello. ¿Cuáles son los derechos que Rusia puede reivindicar sobre la Lituania? En el hecho es cierto que el derecho de Rusia sobre el gran ducado de Lituania, es de la misma naturaleza y viene de la misma fuente que su derecho sobre el reino de Polonia propiamente dicho, porque no es otra cosa sino el derecho de conquista. Si se consulta el derecho público europeo, se ve que los tratados de Viena conciernen tanto á la Lituania como al reino propiamente dicho, puesto que el artículo primero de estos tratados garantizaba á los poloneses, súbditos respectivos de las tres potencias coparticipantes en la reparticion, una representación é instituciones nacionales. Pero, para contestar cumplidamente á los que

pretenden que la Lituania no debía comprenderse en el reinado de Polonia, diremos que durante bastantes siglos aquella provincia no ha formado sino un solo Estado, unido á Polonia; á la cual fué incorporada en 1386 por el casamiento de la princesa Hedwige, heredera de la corona de Bolonesas con Jaquellon, gran duque de la Lituania. Diremos tambien que la Lituania no fué segregada de la Polonia para pasar bajo el dominio de la Rusia, hasta que tuvo lugar la primera repartición en 1772.

Varsovia responde á la voz de sus hermanos, celebrando con una pompa extraordinaria y no acostumbrada, bajo la impotente amenaza de las bayonetas y cañones rusos, el aniversario del día en que la Lituania, hace tres siglos, proclamó libremente en Lublin la república en 12 de agosto de 1569.

Lo que hoy ocurre, es una protesta solemne contra las altaneras palabras del Czar, que son no solo un insulto para la nación, sino tambien una especie de reto lanzado á la Europa. Pero si la Europa no recoge el guante, la Polonia entera se levanta para reivindicar sus derechos, y como en Varsovia y en la Lituania, en Cracovia, en Pierkow y en Lublin, sobre el territorio austriaco, tienen lugar idénticas manifestaciones. Por todas partes se levanta el grito de union, y las poblaciones todas responden con aclamaciones de júbilo á la voz de la libertad y la independencia.

Se asegura, segun despachos recibidos de América, que el príncipe Napoleon habia pedido al emperador que interpusiese su mediación para llegar á un arreglo entre los estados del Norte y los del Sur de América, á fin de hacer cesar las hostilidades. Hasta se llega á decir que las provincias del Sur han propuesto al príncipe que fuese su mediador y que este ha rehusado. Mientras tanto, y esperando la respuesta de su despacho al emperador, el príncipe ha ido á visitar las cataratas del Niágara. Parece que la entrevista que tuvo el otro día el emperador con lord Cowley, y de que habla el *Moniteur*, tenia por objeto ponerse de acuerdo con Inglaterra sobre este asunto.

En el Montenegro la guerra vá de nuevo á comenzar. Pero hoy no nos queda ya espacio para ocuparnos de esta cuestion, que puede considerarse como europea, puesto que interesa á los cristianos de Oriente, y reconoce por causa las vejaciones continuas de los turcos que han concluido como era de esperar por provocar la resistencia de parte de las víctimas.

Y sin embargo, no podemos menos de dedicarla algunos renglones, ya solo sea para hacer patente el abandono en que al parecer deja la Europa á sus hermanos. Abrigamos la creencia de que los montenegrinos, á menos de verse reducidos al último extremo, no serán los primeros en romper las hostilidades. Por otra parte, creemos muy bien que Omer Bajá, no tiene mas deseo sino el de intentar un golpe decisivo y enérgico para bañar en sangre cristiana sus laureles de renegado. Pero no podemos admitir en manera alguna como probable, que Europa,

representada como se halla por una comision cuyo objeto principal es conciliar, apaciguar, y sobre todo vigilar al gobierno de la sublime puerta, deje obrar al Bajá turco, segun su capricho ó sus intenciones. No vale la ambicion de un Omer-Bajá, los arroyos de sangre que correrian, ni las catástrofes espantosas y horribles que seguirian inmediatamente á la invasion. Y dado caso de que nuestras fundadas y lógicas previsiones no se realizasen, aun habria quien atajase al ejército musulman en su marcha, porque es cosa segura que al primer combate de alguna importancia, fuese ó no ventajoso para los turcos su resultado, las poblaciones cristianas, preparadas de antemano, se levantarían en masa, y los soldados del sultan, que segun nuestras noticias no son de lo mas escogido ni mejor, se verían pronto cercados, acorralados y oprimidos por un formidable cordón de insurrectos, que animados, parece heroico valor que infunde en el hombre, la conciencia de su derecho y la defensa del hogar doméstico, los estrujarian como pudiera hacerlo un inmenso círculo de hierro. Mas, no esperamos que Turquía se esponga á las iras de las naciones europeas, á quienes ofenderian el mero hecho de atacar un país del cual hasta ahora se ha visto alejado por la política de las potencias.

El sultán lo pensará bien antes de obrar, y hará que Omer-Bajá conserve su espada en la vaina para evitar un conflicto que podria acarrear su completa ruina.

Inglaterra sigue siempre desconfiando de Francia. Así al menos lo indican las palabras pronunciadas por lord Palmerston al recibir en Douvres la investidura de Canciller y Almirante guardián de los cinco puertos.

Las noticias que tenemos de China no carecen tampoco de interés; generalmente todo está bastante tranquilo y el comercio europeo, seria muy próspero sino fuera porque la insurrección produce grandes disturbios en el interior del imperio, á pesar de que en este momento atraviesa un periodo de derrotas. No debe sin embargo creerse que los Taepings se hallen definitivamente vencidos, porque aun pueden volver á adquirir la superioridad perdida. Así debe suponerse, cuando los ingleses, á quienes tanto interesa la pacificación del imperio, no se atreven aun á pronosticar definitivamente la derrota de los insurrectos.

El correo de Tientsin llegado á Shanghai, anunciaba que la mayor tranquilidad reinaba en Pekin y en los alrededores.

En resumen, la guerra, á pesar de venir anunciándose hace tiempo, no estalla. Las potencias continúan armándose, los pueblos cautivos se reunen y estrechan sus lazos en la desgracia, Rusia tropieza con nuevos obstáculos, los Estados Unidos piden paz, la Francia domina, el joven reino de Italia sigue su marcha, venciendo á la reaccion y haciendo burla de las armas que emplea el Austria para crearle entorpecimientos; Roma.... no sabemos lo que será de ella, y la paz continúa reinando al parecer sobre la superficie, mientras se agitan todos los elementos de la guerra en las entrañas del mundo.

LOS INGLESES.

ESTUDIO SOBRE LA VIDA Y COSTUMBRES DEL
PUEBLO BAJO DE LONDRES,

POR

D. J. S. BAZAN.

*Esta obra es dedicada por el autor á
D. AMALIO AYLLON, su distinguido
amigo, como una débil prueba de sin-
cera amistad.*

INTRODUCCION.

Al significarme V., mi querido amigo, su deseo de que escribiese para la CRÓNICA una serie de artículos sobre la vida y costumbres del pueblo bajo inglés, concebí la idea de hacer un bosquejo de las tres clases en que, como todas las demás, se subdivide esta poblacion, empezando por la baja: pero apenas di los primeros pasos en mi camino, me convencí de lo presuntuoso de acometer empresa tan vasta en momentos en que las correspondencias políticas para los periódicos y otras tareas literarias absorben casi todo mi tiempo, y he desistido de ella. Aun despues de haber reducido así la esfera de mis observaciones, dudo mucho, amigo mio, poder salir airoso en el desempeño de una obra que exige tanto tiempo y meditacion.

La clase media y la clase alta de este pais son, por otra parte, mejor conocidas de los estranjeros que la que yo he elegido, por inspiracion de Vd., como objeto de mi estudio. Todo el mundo conoce algo de las instituciones inglesas, del poder y la riqueza de la aristocracia de esta nacion, de la actividad y magnitud del comercio inglés, de la energía é industria de la clase media, y de las dos capas superiores de la sociedad británica.

Pero, ¿qué estranjero ha echado jamás la sonda en el piélago de corrupciones, vicios, miserias, abominaciones y pecados, que ruge y se agita y se revuelve, como el mar glacial bajo los hielos del Norte, en el fondo de la mas gloriosa estructura social creada hasta ahora por la mano del hombre? ¿Quién ha engolfado jamás su esquite en este océano de aguas corrompidas,

«Siempre en eterna tempestad, impura
Mar donde el mundo su sobrante arroja?»

Seis años hace que resido en esta Babilonia; seis años que estudio y escribo sobre sus leyes, sus instituciones y sus costumbres; y no obstante, al penetrar por primera vez con ojo escudriñador en sus oscuras regiones para hablar á Vd. de ellas con mas certeza, he experimentado la misma sensacion que aquellos navegantes que tomando por un islote la ancha espalda de una ballena, sintieron con espanto estremecerse el mónstruo debajo de sus pies. En ninguna otra nacion puede presenciarse uno semejante espectáculo en tan grande escala.

¿Qué inconmensurable diferencia entre hombres nacidos y criados bajo el mismo cielo y en la misma sociedad! ¿Qué distancia entre el Oriente y el Occidente de Londres! ¿Cuán insondable abismo entre Whitechapel y el West-end, amigo mio! La tierra no se halla mas distante del firmamento; el polo ártico no es mas diametralmente opuesto

al polo antártico. ¿Quién ha podido crear tan profundo desnivel?

En ninguna parte se presentan el *mal físico* y el *mal moral*, manifestaciones del pecado original sobre la tierra, bajo formas mas horribles y repugnantes. ¿Es éste el hombre imagen de Dios y rey de la creacion?

*"If thou beest he; but o, how fall'n! how changed
From him, who, in the happy realms of light,
Clothed with transcendent brightness, didst outshine
Myriads, though bright!"* (1)

Londres es á la vez la capital mas rica y pobre del mundo; la mas activa y ociosa; la que rinde mas culto á la ley y la que menos respeta las leyes divinas y humanas.

Ruego á V. que no me acuse sin embargo de paradójico; yo no soy como aquellos sofistas retóricos, confundiendo la verdad con el error.

¿Paradojas en materias relativas á Londres! No; en esta Babilonia todas las cosas son posible; todas las contradicciones se concilian, todos los sofismas pueden reducirse á verdades.

¿Dónde hay mas riqueza que en esta capital? ¿dónde mas pauperismo y miseria? ¿dónde mas vicios y virtudes? ¿En qué país se trabaja mas? ¿Cual es la nacion en que florece mas la holgazanería que engendra el crimen?

Esto que estoy escribiendo no es mas que la introduccion; por consecuencia no me pida V. aduzca en ella datos estadísticos para probar mis asertos. Ya tendré yo buen cuidado de aducirlos cuando llegue la hora.

Pero ¿en qué diablos de sociedad me ha pedido V. introduzca á los lectores de la CRÓNICA, amigo mio? ¿Tendrán ellos paciencia, la tendrá V. para frecuentarla conmigo durante mucho tiempo?

Nadie puede considerarse bravo hasta no hallarse enfrente del enemigo. Hasta atravesar en salvo esta laguna Estigia, no puede V. estar seguro de que no se quedará ahogado en ella como Leandro en el Helesponto:

«Esperando pasar ratos
muy buenos con su morena.»

Cavour, que no temió despues al Austria ni á la Francia, no se atrevió á engolfarse en ella sin ir escoltado por cuatro ó cinco agentes de policia y un magnífico revolver.

Asi como se escluye de toda sociedad honrada á la gente perdida, de la misma manera, voy yo á escluir de este libro todo carácter en el cual brille un átomo de honradez y respetabilidad. Los contrastes faltarán en consecuencia en él; pero en cambio sobrará la verdad desnuda. No proponiéndome escribir una novela, este requisito, indispensable en las obras de ficcion, puede dispensarse muy bien en un bosquejo sin pretensiones, y que solo se propone dar á conocer un lado de una sociedad que tiene varios.

Vengan, pues, á mí los que tengan nervios suficientes para asistir á «las obras de las tinieblas» y hayan perdido el cariño á sus relojes y pañuelos; los que no teman codearse con ladrones, rateros y asesinos; los que deseen penetrar en sus antros, hallarse presentes en sus reuniones y

(1) «¿Eres tú aquel... pero ¡ah! ¡cuán degenerado! ¡cuán cambiado del que en las regiones felices de la luz, revestido con trascendente brillo, eclipsaba á millares, (de los otros ángeles) aunque también brillantes! Como el inglés no es muy conocido, me ha parecido oportuno traducir este pasaje del «Paraiso Perdido» de Milton para conveniencia de los lectores de la CRÓNICA que no lo hayan estudiado.

tomar parte en sus conciliábulos, sus saturnalias y sus orgías. Lean esta obrita los que deseen hacer el estudio psicológico de una sociedad de vampiros y conocer el vicio en toda su horrorosa desnudez; los que quieran familiarizarse con sus criminales, sus prostitutas, sus lisiados fingidos, sus mendigantes, sus presidiarios y sus republicanos de los hospicios.

Una tal sociedad no es muy agradable que digamos, pero el filósofo social y el hombre político deben conocerla. Directa ó indirectamente, los que no quieren, ó no pueden trabajar para vivir, cuestan á la nacion inglesa la friolera de 20 millones esterlinos! Se vé, pues, que la cosa vale la pena de estudiarse.

Hay verdades que son positivamente mas estrañas que las ficciones, y la úlcera social sobre la cual me ha invitado Vd. á que ponga el dedo, es una de ellas.

Lóndres puede jactarse de ser la primera capital del mundo; pero las abominaciones de que voy á tratar en esta obra no tienen por qué envidiárselas, los países mas incultos y depravados de la tierra.

¿Cree Vd. que exajero? Pues allá vá el juicio que de una de sus infames guaridas de prostitutas y ladrones hace uno de los mas eminentes escritores ingleses. Las casas de huéspedes del pueblo bajo en donde los jóvenes de ambos sexos duermen revueltos de la manera mas indecente, revelan un sistema de depravaciones y bestialidades tan atroz, que no puede compararse con el de ningun país, por muy bárbaro que sea, ni con el de los siglos mas oscuros. Estos hechos son bastante groseros para hacerle á uno avergonzarse de la tierra en que se perpetran diariamente semejantes escenas.

Esto no es mas que levantar un pico de la cortina.

Guárdense, sin embargo, la gente nea y los enemigos de la libertad de sacar argumentos de estos hechos contra las instituciones inglesas. Sin el aire purificador de la libertad, esta enorme acumulacion de escoria hace tiempo que habria asfixiado con sus miasmas deletéreos el cuerpo social que apenas afecta, y que acabará por espeler en una época mas ó menos lejana. En este mismo momento se están haciendo mejoras en la condicion de esta clase, que harán probablemente innecesario para lo futuro otra plaga y un segundo incendio como el que devoró á Lóndres en 1666.

Esta capital contiene en su seno tres millones de habitantes, y sería por lo tanto injusto juzgar de la condicion moral de toda su poblacion por una seccion de sus criminales y gente perdida.

Concluyo esta larga introduccion, rogando á mis lectores que no olviden por un solo momento que lo que sirve de objeto de exámen en esta obra, no es mas que la escoria de una capital que encierra casi tantos habitantes como el reino de Portugal, y pidiéndoles aplacen su juicio sobre Inglaterra hasta que hayan estudiado las otras clases sociales.

En cuanto á Vd., mi estimado D. Anadio, que con tanta bondad ha aceptado la dedicatoria de esta obrita, lo único que tengo que suplicarle, despues de darle las gracias, es que no busque en ella mas mérito que el deseo que tiene de complacerle su apasionado amigo y humilde servidor.

J. S. BAZAN.

Lóndres, 12 de agosto de 1861.

EL DISCURSO DE COBDEN.

En el banquete dado por el Lord Corregidor de Lóndres, en obsequio de Cobden, pronunció este eminente economista el discurso que á continuacion trascribimos, y en el que se ventila una alta cuestion de las ciencias económicas:

• MILORD CORREGIDOR, SEÑORAS Y SEÑORES.

Seguro estoy de hacerme intérprete de todos los estraneros que están presentes, al decir que conservaremos el recuerdo de este banquete entre los mas preciosos y señalados de nuestra vida. Nos hemos reunido aquí con vosotros para celebrar una victoria. En ella no ha corrido sangre humana; y si con ella ha sido derribado ó perturbado algun imperio, este no ha sido otro que el de la rutina y las preocupaciones. Tampoco se ha tomado ninguna ciudad por asalto, como no haya sido la ciudadela de la prohibicion, cuyo completo derribo no perjudicará á nadie. Esta victoria á que me refiero, es la consagracion definitiva de la libertad de comercio que tanto ha de contribuir á la mejora y prosperidad públicas.

Pero no estamos aquí únicamente para celebrar un principio abstracto, por grande y fecundo que sea: llamados hemos sido á este sijio y á él hemos acudido presurosos para tributar un alto homenaje de consideracion al hábil y generoso atleta, al celoso é infatigable defensor de las clases menos favorecidas por la suerte, al ilustre campeón que ha tenido el mérito de hacer triunfar el principio de la libertad de comercio entre tantos obstáculos y contradicciones. Aquí estamos, si, para reconocer y proclamar con vosotros los derechos que Ricardo Cobden ha adquirido á la gratitud de Europa y de todo el mundo civilizado.

La ciudad de Lóndres, en cuyo palacio estamos reunidos, y cuyo primer magistrado acaba de tratarnos con su magnificencia y cortesía acostumbradas, puede reivindicar una buena parte en el triunfo de la libertad mercantil. Ya en el año de 1820, los principales comerciantes de esta gran metrópoli, firmaron y dirigieron al Parlamento aquella célebre peticion, en la cual la libertad de comercio tuvo por primera vez de defensores á los hombres prácticos y de negocios. Dicha peticion es un monumento de lógica y buen sentido, porque presenta una especie de profético resumen de los argumentos que muchos años mas tarde han venido á echar por tierra el sistema proteccionista de la Gran-Bretaña.

Es ya una vulgaridad decir que la libertad de comercio tendrá por efecto aumentar el bienestar de todos los pueblos é individuos, y que ayudará á establecer la abundancia y las comodidades allí donde reinaban antes la penuria y la pobreza. Mucho mayores son ciertamente los que ha de producir á los ojos del hombre religioso, del filósofo y del repúblico. No todas las miserias son materiales. Las hay que no cura el oro, y no son por cierto de las menos aflictivas; hablo de las miserias morales, de las divisiones, de los celos y enemistades que nublan á menudo nuestra existencia, convirtiendo la tierra en un valle de lágrimas, segun la espresion de las sagradas letras. Y entre esas miserias morales, señalaré especialmente las antipatías nacionales. Esas antipatías son miserias profundas, diformes y crudísi-
los



males; porque engendran la guerra, que es uno de los azotes mas terribles que pueden caer sobre los humanos. Pues bien; la libertad de comercio tiende á arrancar de cuajo las antipatías nacionales y todos los males que vienen en su seguimiento; y por esto, mas aun que por otros motivos, merece que el género humano la acoja como un beneficio incalculable.

Mientras las naciones han estado aferradas á la doctrina proteccionista han encontrado siempre razones para desconfiar unas de otras, condenándose á sí propias á vivir en aquel inquieto y receloso aislamiento, desde el cual tanta facilidad se pasa á la guerra declarada. Por que segun el evangelio proteccionista, un pueblo que compra artículos manufacturados ó productos naturales de otro pueblo, es tributario suyo: frase que está consagrada para dar á entender que el primero de aquellos pueblos aceptó una posicion humillante y ruinosa con relacion al segundo. Mirando las cosas por el lado de la libertad de comercio, todo cambia de aspecto y de carácter. Un pueblo que se une á otro con lazos mercantiles, en vez de hacerse tributario suyo, se procura, con sus auxilios, los medios de aumentar su propio bienestar y prosperidad. Los mezquinos y ruines sentimientos que llevaban á las naciones á aislarse desaparecen, abriendo paso á otros sentimientos de fecunda solidaridad. Creyendo en la libertad de comercio, los pueblos dejarán de considerar la prosperidad de sus vecinos como una gran calamidad para la nacion propia; y en vez de repetir la fórmula de Montaigne de que «el provecho de uno hace el perjuicio de otro», dirán como Napoleon III, en el discurso de apertura de la sesion legislativa de 1860: «Cuanto más rico y próspero es un pueblo, mejor contribuye á la riqueza y prosperidad de los demás.»

Así el principio de la libertad de comercio se presenta hoy día á nuestros ojos á manera de un pacificador; y por lo mismo que favorece la paz es tambien favorable á todos los progresos políticos y sociales.

Dejad que os manifieste aquí la esperanza que abrigo en lo más profundo de mi alma de que el principio de la libertad de comercio realizará aquella mision de paz y de armonía, señaladamente entre las dos grandes naciones que divide el Canal de la Mancha.

Y en verdad ¿qué motivos serios podrian tener los ingleses y franceses para odiarse mutuamente? Adoran un mismo Dios, profesan sinceramente aquella máxima cristiana tan sencilla y elevada á la cual sonrie la naciente inteligencia del niño salido de la cuna, y en la cual se deleitan los grandes ingenios: «No hagas á otro lo que no quieras para tí.» ¿Son los clamores de otros pueblos quienes les provocan á observarse con mútuo recelo y desconfianza? No por cierto, porque en todos lados les dicen las naciones: vuestro feliz acuerdo es la más sólida garantía del progreso universal, y vuestra enemistad, tan pronto como llegase á estallar, sería una causa de retardo para todo el género humano. ¿Es el interés especial de su influencia particular? No: porque si Inglaterra y Francia estuviesen divididas, ambas se paralizarían entre sí. ¿Deben aborrecerse por que el poder militar de la una infunde necesariamente recelos á la otra? Tampoco; porque son diferentes los elementos que entran á formar sus respectivas fuerzas militares. Cada una de ellas posee á la vez un ejército y una armada; pero las proporciones de estos dos elementos de la fuerza pública, en vez de corresponderse

son inversas. Para Inglaterra, el elemento principal es la armada; para Francia, el ejército. No es esto decir que Inglaterra carezca de un ejército poderoso y valiente, ni que Francia deje de poseer una armada considerable. Es decir, que Inglaterra ni debe ni puede, ni quiere tener un ejército igual al francés, así como tampoco Francia debe, ni puede ni quiere poseer una armada igual á la de Inglaterra. Las necesidades del presupuesto, de acuerdo con las reglas del sentido comun, ordenan á ambos pueblos ese cambio de proporcion en sus respectivas fuerzas de mar y tierra. Y fuerzas dispuestas de esta manera, más parecen destinadas á completarse que á combatirse.

Sin embargo, estas dos naciones son fáciles de excitarse una contra otra. Es una animosidad que á menudo permanece en estado latente, pero siempre dispuesta á inflamarse. ¿Qué origen puede tener?

Si en nuestros dias preguntais á los franceses é ingleses cuándo están irritados unos contra otros, á qué viene semejante irritacion, pronto les hareis confesar, que es á causa de los males que se irrogaron cuando las largas guerras de la república y del primer imperio. Si cuando se empeñaron estas guerras les hubiérais preguntado á qué venia tanto resentimiento, os hubieran dicho, que era á causa de las otras guerras que habian sostenido entre sí bajo Luis XVI y Jorge III, y en la época de Guillermo III y Luis XIV. Y si hubo guerras en aquella época, fué debido en gran parte á que existia un venenoso encono que databa de guerras anteriores, como las de Francisco I y Enrique VIII, ó Carlos VII y Enrique V. Y así subiendo siempre, veriamos que el principal motivo de batirse consistiria en haberse batido anteriormente.

De manera, que la primera guerra fué la causa eficiente de todas las demás. La primera guerra vino de una grosera broma del rey de Francia, Felipe I, sobre la corpulencia de Guillermo el Conquistador, á consecuencia de la cual las hostilidades se han ido transmitiendo de siglo en siglo, á manera de una *vendetta*. Un chiste real de mal género: hé aquí la causa de que dos grandes naciones hayan venido á las manos durante ochocientos años. Puedo asegurároslo: en Francia todas las personas que discurren creen que los males de Felipe I deben estar más que satisfechos, y piensan que ha llegado ya el tiempo de renunciar á sostener aquella guerra de la época feudal. Esperamos que las generaciones de la moderna Inglaterra tampoco tendrán ya el capricho de hacerse matar en los campos de batalla por amor á Guillermo el Conquistador.

Ha llegado el momento de verificar un gran cambio en las relaciones de las dos grandes naciones de la Europa occidental. Para ser amigas, sólo les falta conocerse bien. Colocad á los ingleses y franceses, no diré en las seductoras condiciones con que nosotros estamos reunidos aquí, bajo el encanto de la espléndida y cordial hospitalidad del lord-corregidor, y en presencia de ese bello sexo cuyos representantes son en todas partes ángeles de paz, sino simplemente en las condiciones ordinarias de la vida, en el terreno de las operaciones mercantiles; y llegarán pronto á apreciarse mutuamente, á reconocerse y á dar grande estima á su inteligencia y probidad respectivas. Ved, pues, si ha venido á propósito el tratado de comercio para ejercer su legítima influencia en favor de la concordia.

Los acontecimientos han preparado este paso feliz.

Pronto hará cincuenta años que Inglaterra y Francia están en paz. Hace muchísimo tiempo que no se había visto tan larga tregua. Hay mas; no hace muchos años que hemos visto los dos estandartes reunidos para ir á recoger comunes laureles de victoria militar. Esa campaña de Crimea, hecha así en comun, con una lealtad ni un instante desmentida, es indudablemente de feliz augurio; porque si tanto acuerdo ha habido en la guerra y para la guerra, ¿es posible que no llegue á haberlo tambien en la paz y para la paz?

Si consultamos las señales de los tiempos, no tardaremos mucho en ver en ellos varios motivos de esperanza. Vivimos en un siglo grande y que muestra esta grandeza con las felices novedades y mudanzas que sin cesar realiza. Una larga série de amistosas relaciones entre Francia é Inglaterra seria una novedad; pero si miramos en derredor nuestro, ¡cuántas mas sorprendentes é inesperadas novedades alcanzaremos á descubrir! Las libertades públicas van tomando asiento á toda prisa en la mayor parte de los Estados. Ciertas nacionalidades que parecían hundidas en el polvo de los siglos, y que, á los ojos de ciertos grandes ministros, no eran mas que *expresiones geográficas*, resucitan y florecen. El progreso está en todas partes á la órden del día. En el seno de cada Estado se van aproximando las diferentes clases sociales, y se organiza la fusion entre las provincias. Entre las naciones, los intereses se mezclan y confunden; los productos y las ideas se cambian con rapidez inaudita. Algunos inventos que parecen milagros, porque realizan lo que se hubiera creído imposible hace un siglo, facilitan y aceleran ese admirable movimiento hácia todo linaje de mejoras. La libertad de comercio, que es otra innovacion, es uno de los frutos propios de este siglo fecundísimo. No habia en épocas anteriores un sol que pudiera hacerla madurar, como en el nuestro. Establécese ahora como la corona de otros muchos progresos, y ellos le deberán una nueva consistencia.

Suponer que Inglaterra y Francia resistirán, en el arreglo de sus mútuos tratos, á la influencia de todas las mejoras morales y materiales que acabo de nombrar; admitir que no se acercarán una á otra, cuando es tan general y poderosa la tendencia á acercarse: que no se sentirán animadas de un espíritu de paz, en unos tiempos en que la paz es generalmente reconocida como la primera necesidad de Europa; pretender que no responderán á la voz del género humano que las recomienda ponerse de acuerdo, seria hacer á ambas naciones una gravísima injuria.

A ambas corresponde la honra de haber iniciado muchos de los progresos políticos y sociales que se han cumplido ó se están cumpliendo. Ambas arderán en deseos de dar á las ideas de progreso una nueva autoridad, repudiando definitivamente sus antiguos y funestos celos y rivalidades. Podemos, pues, mirar con confianza el porvenir. Pronto los amigos de la civilizacion hallarán un nuevo motivo de gozo en la actitud que tomarán, para sus mútuas relaciones, las dos grandes potencias occidentales. »

DE EL TANTO POR CIENTO,

Y DE LAS POLEMICAS QUE HA ORIGINADO.

Si era grave y delicado asunto para un artículo crítico el juicio de *El Tanto por ciento*, última obra dramática

de D. Adelardo Lopez de Ayala, en la época de sus primeras representaciones, hoy que han pasado muchos días desde la terminacion de aquellas, y en presencia de las varias opiniones formuladas en la prensa, en los círculos literarios y en el teatro, el asunto ha ganado en gravedad y es ya imposible escribir sobre él sin herir hasta á reputaciones adquiridas noble y dignamente.

Evitaríamos toda manifestacion acerca del mérito ó demérito de este drama, y nos abstendríamos por completo de espresar nuestra opinion si no hubiéramos ya hace largo tiempo ofrecido á los suscritores de la CRÓNICA un artículo sobre la materia enunciada. Cuando hicimos al público la promesa de escribir nuestro juicio de *El Tanto por ciento*, aplazamos su cumplimiento para ocasion en que, menos exaltados los ánimos por el triunfo brillante del señor Ayala, pudiesen nuestras ideas ser recibidas con menos prevencion y ánimo contrario que en aquellos momentos, en que parecia imposible que pudiese haber debate sobre el relevante y asombroso mérito de la obra. Sabido era, por tanto, que estábamos lejos de participar del entusiasmo que se veia en los artículos encomiásticos publicados con motivo del estreno de tal comedia en los primeros momentos de su paseo triunfal por España. ¿Quería esto decir que juzgásemos desposeída por completo de recomendables dotes literarias la obra de Ayala? Antes al contrario; pues de ser así, habríamos desde luego pregonado en alta voz lo injusto del aplauso que se le tributaba. Siempre hemos tenido valor para nuestras convicciones, y si la que fundamos en el exámen de *El Tanto por ciento* no se ha manifestado hasta ahora, reconoce esta omision por causa el deseo que teníamos de que el público juzgase con menos pasion antes que nosotros explicásemos las razones de nuestro juicio, contrario al de la mayor parte de los críticos que hablaron de la comedia cuando esta vió la luz.

Mas tarde, cuando plumas menos contentadizas ó mas independientes se ocuparon de los defectos y la significacion de la pieza dramática en cuestion, cuando principió la polémica que dió por resultado artículos críticos como los del Sr. Rodriguez Varo y Martinez Lopez, aun suspendimos la espresion de nuestro juicio, por parecernos escasas nuestras fuerzas colocadas frente á las del autor de las *Cartas trascendentales*, á quien por otra parte debemos antiguas y justas gratitudes. Y no podíamos dejar de hallarnos frente al Sr. Castro y Serrano, aunque algo separados del Sr. Rodriguez y Varo, y mas lejos de D. Miguel Lopez Martinez, porque consideramos el teatro de una manera distinta á la manera de verle que tiene el erudito defensor del Sr. Ayala. Y aquí no nos suponemos engañados ni aun sospechamos poderlo estar.

Si dijésemos ahora los puntos en que difiere la opinion del Sr. Castro y Serrano de la nuestra, este artículo seria una refutacion y no un juicio.

Siendo, como queremos que sea, un juicio crítico de *El Tanto por ciento*, ¿viene tarde á la prensa, ó llega á tiempo? Ya hemos explicado las razones por qué no le hemos publicado meses antes; no creemos hallarnos obligados á demostrar que el artículo vé la luz sin ser tardío. Las obras que pretenden de trascendentales y de época, son de todas, y por lo tanto, en todo tiempo se las puede juzgar.

Y que la última comedia del Sr. Ayala tiene pretensiones, lo dice su mismo título. *El Tanto por ciento* quiere

ser el completo y lógico anatema lanzado contra el negocio, quiere matar el afán de adquirir, el vicio de ejercer la usura con cálculos seguros y con desprecio de todo sentimiento del corazón. Uno de los vicios de la época, quizá no el menor, á él se dirigen los tiros de la comedia, y esta es la razón por qué pretende de trascendental.

Tal vez el Sr. Ayala no habrá querido dar á su obra el carácter general que tiene; quizá había pensado mejor en hacer un trabajo episódico, como *El Tejado de vidrio* y *El Hombre de Estado*, en cuyo caso la naturaleza del asunto le ha hecho generalizar la acción.

Pero sea como quiera, debemos considerar la comedia en tela de juicio, con las pretensiones y la forma de un nuevo *quijote* de los negocios y de sus agentes. Si se la juzgase de otra manera, la opinión sería muy desfavorable á su autor.

Decía no ha mucho un amigo nuestro, en esta misma publicación, que la novela ha destronado á la comedia. Es verdad que entonces aun no había sido puesta en escena *El Tanto por ciento*, pero tenemos la seguridad de que de la misma manera hubiese escrito después de vista la obra de Ayala, porque hoy opina como entonces, y nosotros con él.

La novela, no hay que dudarlo, ha destronado á la comedia.

¿Cómo? ¿por qué?

Quizá no acertemos á explicar las causas, quizá no existan, pero es positivo, es segurísimo que sucede lo que dejamos apuntado. Quizá es porque en el siglo analista en que vivimos se busca la verdad y la lógica de todo, se piden los principios de toda razón y los efectos de todo principio. Quizá por esto la comedia que presenta una fábula incompleta y de relación, una fábula más idealista y falsa que la novela, tiene menos secuaces y adoradores en la actualidad. El teatro no puede más que desarrollar á la vista de un público, si no muy inteligente, demasiado razonador, una ó muchas escenas de un carácter más ó menos severo, más ó menos festivo, moralizador á veces, picante y humorista en otras, pero en las que siempre vé á los personajes sujetos á una consigna literaria que los lleva y los trae, á medida que el poeta ha necesitado tenerlos ó no á mano. Las personas de un drama no viven, ni sienten, ni hablan como las del mundo real, y cuanto más el teatro se acerque al realismo en el arte, más falso, mucho más inverosímil aparece á los ojos del público de hoy. La rapidez con que han de tener lugar los sucesos, la falta precisa de algunos detalles de la vida, la sujeción á una regla cualquiera, hacen que una obra dramática, por buena, por elevada que sea, aparezca censurable ante la crítica vulgar y de familia, ante los juicios particulares del vulgo, á quien hoy no habría llamado Lope *necio*. Hoy, la persona más iliterata se cree derecho á encogerse de hombros en la representación de la mejor comedia del teatro moderno, y pedir que la dama ó el galán obren como hubiese, en el caso de la escena, obrado el mismo que juzga. Ni hay opinión ni hay teoría lanzada al teatro que satisfagan.

Por el contrario, la novela que pinta los caracteres con todos los detalles de la vida, con los toques todos de su genio particular, que relata los acontecimientos desde el principio con el más exacto colorido local, como dicen los mismos novelistas, que lleva á sus personajes tal vez desde

el nacimiento hasta la muerte, de manera que el público asiste con ellos á todos los actos de su vida, que dice siempre la causa por qué hablan y los móviles que los ponen en movimiento, que moraliza, ó desmoraliza, y esto es lo más seguro, sin predicación y solo con el ejemplo, es más buscada, es más aplaudida, obtiene menos censura que la comedia. La novela hace, por otra parte, importantes á muchos personajes que en el teatro apenas aparecen; en el cuadro de la novela caben todos los hombres y todos los acontecimientos: desde la escena de familia, dulce, reposada, hasta el tremendo combate de dos ó más pueblos enemigos; desde el coloquio inocente de dos amantes, hasta la impura bacanal de una mesalina; desde la frase soez y maliciosa del campesino, hasta la entonada y pomposa oración del sabio; desde la renegrida cueva del bandido, hasta el relumbrante salón del monarca; desde Gil de Pasamonte y Maese Pedro, hasta Cardenio y la duquesa.

Finalmente, la novela hoy busca al lector y vive con él; asiste á su mesa, forma parte de la propiedad y de la familia, se trata de ella en la bohemia y en el tálamo, en la tertulia aristocrática y en la reunión de la aldea.

Un escritor, bastante conocido como autor de dos ó tres obras dramáticas, ha dicho con poca oportunidad que era absurda la opinión de nuestro amigo que dejamos trascrita. Y sin embargo, el mismo escritor ha visto caer á los golpes de una crítica despiadada alguna de sus más hermosas ilusiones de poeta, alguna de sus comedias, mejor, bastante mejor que muchas de las novelas que hoy corren estimadas y apetecidas. En un arranque de humor, D. Javier de Ramirez, que este es el poeta á quien aludimos, reta á los novelistas á que se pongan frente á los autores dramáticos contemporáneos, y esclama: «Si para gloria de la patria existe un nuevo Cervantes, salga de una vez del rincón donde vive oscurecido, y grite: ¡Plaza! ¡yo soy! presente su *Quijote*, y nosotros seremos los primeros en saludarle con hurras de entusiasmo!» ¿Y quiénes sois vosotros? Qué autoridad, qué derecho representais para pedir un *Quijote* cuando no teneis un *Segismundo*? Preséntese un Calderón desconocido á pedirnos un Cervantes. Pero vosotros que dejais agonizar el teatro, que nada creais, que nada haceis digno de vuestra época, ¿qué nos pedis? ¿Qué nombres ilustres citareis en la dramática europea de nuestro siglo que oscurezcan los nombres de los novelistas modernos? Que en España no los haya os concederemos, y eso porque en España aun tenemos un resto de teatro y otro resto de preocupación censoria; pero ¿encontrareis, rebuscándolo todo, tantos nombres legítimamente grandes alcanzados en el teatro como los que os podríamos citar conquistados en la novela?

Más que pese al Sr. Ramirez, es una verdad innegable que hoy vale más la novela que el drama; y que el primero ha derrotado al segundo es ciertísimo. Tan cierto, que hoy la comedia es puramente una novela.

No quiere esto decir, como algunos han supuesto, que haya muerto el teatro. Muy lejos estamos de creerlo así.

El teatro agoniza; pero vive, pero aun puede salvarse, ¿se salvará? ¿Vivirá el teatro á principios del siglo xx?

¿Es por ventura la obra del Sr. Ayala el primer suspiro del moribundo que vislumbra nuevamente los claros horizontes de la vida? ¿Será *El Tanto por ciento* la panacea del teatro?

Sospechamos que no. Ojalá vivamos en un error acerca de este punto.

Lo que nosotros consideramos muerto no es el teatro, sino la forma actual del mismo, la significacion, la manera de presentar sus cuadros, su escuela en fin. La comedia galante, de costumbres, de intencion, la comedia de Scribe, de Palgrave, de Breton y de Vega; el drama romántico de Dumas, padre, de Victor Hugo, de García Gutierrez, del duque de Rivas y de Rubí; el episodio histórico, el drama caballeresco de Delavigne, de Zorrilla y de Hartzenbusch; la comedia filosófica y trascendental de Ponsard, de Dumas, hijo, de Balzac, de Tamayo y de Ayala; el terrorífico drama de Bouchardy, y de algun autor español que no nombramos; las obras como *El Mulato*, *El perro fiel*, *A Madrid me vuelvo* y *El Hombre de mundo*; como *Antony*, *Marion Delorme*, *El Rey Monje*, *D. Alvaro* y *Bandera negra*; como *Los Hijos de Eduardo*, *Sancho García* y *La Ley de raza*; como *El Honor y el dinero*, *El Medio Mundo*, *La Madrastra*, *La Bola de Nieve* y *El Tanto por ciento*; como *El Campanero de San Pablo* y otras: estas son las obras que, vivas para la historia del arte han muerto para el teatro contemporáneo, como murieron las obras del clasicismo helenico para el teatro griego, como murió el teatro de Shak speare, el de Schiller, como murieron las comedias famosas de los Rojas y Calderones, de los Tirsos y Moretos.

Eternamente serán Sófocles y Eurípides los grandes trágicos griegos, Plauto y Terencio los que cerraron el periodo de la gloria dramática greco-latina; siempre serán admirados Corneille, verdadero iniciador del teatro francés, Marlowe del inglés, Lessing, del alemán, y nuestro Lope, el creador mas valiente de la dramática moderna. Siempre habrá alabanzas para tantos buenos poetas como han dado vida y calor al teatro del siglo xix, que hará época en la historia de la literatura; pero hoy, ni el clasicismo griego, ni la franca sencillez de la comedia romana, ni la filosófica independecia de las obras teatrales del renacimiento de las letras, ni el levantado romanticismo de los últimos cuarenta años, son bastantes á satisfacer las necesidades del arte; diremos mejor: hoy el arte no es lo mas, ni siquiera una pequeña parte de lo que el teatro necesita.

¿Qué será menester para salvarle? No lo sabemos; quizá no baste un génio, y eso que, como dice Goethe, para producir un pintor ó un poeta de génio, ha de reunirse el trabajo de un siglo entero.

Cuando dos revoluciones políticas que llevaron al cadalso á dos reyes, trajeron á la Europa el principio de una revolucion social, los adelantos de las ciencias eran mezquinos comparados á los de la idea. Los pueblos querian unirse y no podian; querian comunicarse, conocerse, tratarse, y el espacio los separaba; querian arrancar á la naturaleza mas tesoros de los que hasta entonces disfrutaban, y los instrumentos de que hacian uso para ello eran inútiles, ó cuando menos insuficientes; querian, en fin, realizar en hechos aquella exuberancia de pensamientos, y luchaban con los mil inconvenientes que por todas partes les oponian los sistemas antiguos. Fué presiso crear, y se creó. De entonces el vapor, y la electricidad, y el triunfo de la mecánica.

¿Y por qué no hemos de poner este ejemplo al teatro? ¿por qué no hemos de creer que la escena está pidiendo á voces un vapor que le mueva, una electricidad que la dé

nervios y vida? Pero ¿quién será y de qué país el Fúltón que lo alcance?

Pretendieron algunos, con motivo de la obra literaria, causa de este artículo, que el Sr. Ayala habia conseguido el buen resultado del mecánico símil que apuntamos, y creyeron, en su laudable afán, que *El Tanto por ciento* creaba la nueva era del renacimiento teatral. Desgraciadamente no sucederá así.

El Sr. Ayala no ha logrado, ni aun ha pretendido, separar el teatro de su marcha ordinaria: ha hecho, pura y simplemente, una comedia mejor que muchas de la dramática contemporánea, inferior, bastante inferior á otras de la misma escuela y de la misma época.

El autor de *El Tanto por ciento* no ha sospechado que su última obra hubiese de formar escuela, y como no lo ha supuesto, como no podia suponerlo, no ha sucedido, ni es posible que suceda.

Pudo muy bien el Sr. Ayala haber reproducido á Calderon, como en su entusiasmo justo dijeron algunos escritores de no escasa reputacion; pero hoy no se necesita para levantar el teatro á un Calderon, sino á un Lope de Vega.

Detrás del perfeccionamiento de un arte, viene su decadencia; detrás de su decadencia, su destruccion casi completa. Un Calderon en el día quizá llegase á perfeccionar el teatro, pero nunca á sostenerle. El poeta Ayala, aunque resucite á Calderon, mientras no pase á Lope, no salvará la escena.

Tienen las obras del génio un sello tan particular y tan esclusivo, son tales sus condiciones y de tal índole su trascendencia, que infiltradas todas estas cualidades en la naturaleza de la obra hacen desconocida su bondad para los contemporáneos, mientras que se manifiestan mas de relieve segun vá alargándose la época de su creacion. Así los poemas de Homero fueron *coplas de ciego* para sus compatriotas, que le dieron un Zoilo, y la *Gerusalemme* cambió, como dice Guastí, el hospital del Tasso, en una cárcel, mientras que era tambien un hospital el premio que daban los portugueses al autor de *Las Lusíadas*, y á Cervantes pagaba España su *Quijote* con algunas carcajadas, una bohardilla y un Avellaneda.

Como antítesis de esto, y antítesis exacta, las obras vulgares, aunque sean las mas grandes entre las menos vulgares, van perdiendo en interés cuanto van ganando en antigüedad. Tal parto del ingénio hay que obtiene el triunfo mas completo sobre otra obra que la posteridad ha de grabar en letras de bronce incorruptible. El Petrarca coronado en el Capitolio no era ni aun la sombra del Dante espirando solitario en Rávena. Bembo, escritor ramplon y cuyo nombre hubiera olvidado la historia sin las liberalidades de Julio II, era llamado el *Unico*, cuando vivia Ariosto, y cuando solo habia obtenido este último del Papa un abrazo y la licencia para imprimir su *Orlando furioso*. El mismo Julio II, por echarse de encima á Miguel Angel, le enviaba á edificar una iglesia en Florencia, lo que equivalia á un destierro, mientras encargaba á Rafael, pintor de vírgenes, la continuacion de la basilica comenzada por Bramante, y para cuyo desempeño necesitó el buen amador de la Fornarina de la ayuda que le prestaron dos frailes. Silvábanse en España las comedias de un jorobado, Alarcon, y se aplaudia y se colmaba de alabanzas al corruptor de la poesia castellana en el siglo xvii, á Góngora.

¿Quién sabe á cuál de las obras de nuestros tiempos, darán mas admiracion los venideros? ¿Quién sabe si será reputado Zorrilla como el primer autor dramático entre los españoles del siglo XIX ó si lo será el mas desconocido de nuestros dramaturgos? Y no se crea por esto que nosotros seamos ó mas ignorantes ó mas sábios que los de la futura edad; de ninguna manera. Cada tiempo tiene su raciocinio y su crítica, pero todos están unánimes en admirar los verdaderos destellos del génio. El sol alumbra siempre lo mismo, y sus rayos calentaron á Adán, como á Noé, como á Jesucristo, como á los santos de nuestros dias, si es que en nuestros dias pudo haber santos. Si el génio es sol que alumbra y que da calor, preciso es para ello que los tiempos le coloquen á la misma distancia á que se halla de nosotros el astro-rey.

No quiere esto decir, ni viniera á cuento, que la obra del Sr. Ayala, andando el tiempo, ha de perder su popularidad, ni fuera justo que la perdiese cuando ha sido su mérito tan debatido y finalmente reconocido por todos. Sin embargo, bueno es recordar á los escritores encomiastas de *El Tanto por ciento*, que no ha sido generalmente el triunfo entre los contemporáneos el que ha inmortalizado á un poeta ó á un artista, sino la crítica de los que han venido despues. Y con esto que emos hacer francamente una censura contra los que, desdeñando el análisis, vicio ó virtud de nuestra época, tributaron al principio una admiracion incomparable á la obra que nos ocupa sin haberla examinado ni estudiado.

Estas consideraciones deben bastar para la prueba que intentamos.

Ni *El Tanto por ciento* ha debido obtener el título de obra del génio, ni es la manera de inmortalizar al Sr. Ayala hacer en vida su apoteosis. ¿La merece? No lo sabemos. ¿La obtendrá en los siglos que vienen? Se nos figura que no, y vamos á decir el por qué, entrando ahora verdaderamente en el exámen de la comedia.

Pocas ó ningunas serán las personas que leen y entienden, aunque no sepan, que no conozcan ya en España *El Tanto por ciento*. Inútil es, pues, que digamos una por una las escenas de que consta, y describamos con minuciosidad escrupulosa, los caracteres de sus personajes. Nos bastará solamente definir la accion, primer elemento de toda obra dramática.

¿Es original *El Tanto por ciento*?

Sí y no. Es original en cuanto á que nadie antes que el Sr. Ayala ha presentado en escena la codicia con la forma de una compra á retroventa, y en cuanto á que los dramas dirigidos á condenar la avaricia y el amor al oro han tomado otro punto de accion, otra representacion de tan bastardo interés que la que nuestro poeta contemporáneo ha elegido para su trabajo literario y filosófico. No, en cuanto á que, como con razon ha dicho en un discurso D. Manuel Tamayo, «Creador no hay mas que Dios», y solo las creaciones son originales. No, en cuanto á que no es la primera comedia, cuyo móvil sea el *afán de enriquecer*.

Como ya hemos apuntado mas arriba, el Sr. Ayala, queriendo tal vez escribir sobre un asunto puramente episódico ha hecho un drama de pensamiento general: de aquí que la originalidad deba buscarse en la idea mas que en la accion, y de aquí tambien, que la obra del poeta español, no sea rigurosamente nueva, por mas que el desarrollo y la

marcha de la comedia no tengan parecido con los de otra ninguna mas antigua.

Roberto, el negociante de *El Tanto por ciento*, moviendo á los demás personajes que con él representan la obra sobre que escribimos, no es un Roberto que el autor ha inventado, sino el *negocio*, como dice el Sr. Castro y Serrano, encarnado en un hombre. Isabel y Pablo, las dos almas nobles de la comedia, en vez de ser dos amantes de los que siempre vemos, y dos personas honradas que el poeta ha soñado, son ó parece que quieren ser la personificación de todas las pasiones violentas que impulsan al hombre, y la honradez de todo aquel que tiene la misma buena cualidad. Si Roberto es el *negocio*, la condesa y Pablo son el *amor*, pero no un negocio cualquiera ni un amor de esos vulgares, sino la generalidad de los amores y de los negocios.

Por esto, porque la comedia aspira, no á describir caracteres, sino á desarrollar pensamientos trascendentales, porque tiene un asunto que abarca otros muchos, porque su tendencia es mas general que local, porque ataca al vicio y no al vicioso, es por lo que debemos buscar su originalidad de en idea y no en el episodio.

Ya hemos dicho que bajo este punto de vista la obra no es ni puede ser original. Fuera absurdo que desde 555 años antes de la redencion, en que floreció Téspis, primer trágico griego, hasta el Sr. Ayala, ningun poeta hubiera llevado á la escena el vicio de amar con demasia el dinero. Don Javier de Ramirez, á quien ya antes hemos citado, se encarga por nosotros de nombrar á Aristófanes, que escribió el *Pluto*, á Bolzac, autor de *La comedia humana*, y á Dumas, hijo, creador de *La cuestion de dinero*, y aunque el Sr. Ramirez dice que no recuerda haber existido ningun otro que haya tratado este asunto, nosotros creemos y aseguramos la existencia de algunos mas dramáticos, que, si con menos pretensiones, han escrito de él con tanta extension y quizá con mas acierto que los tres autores citados. Sin que tratemos ahora de buscar otros nombres, sino aquellos que con este motivo se han recordado, añadiremos solo á los del Sr. Ramirez un título de una comedia que nos dejó Calderon: *Hombre pobre todo es trazas*; y citamos esta no para comparar, sino por ser español el poeta que la escribió.

Ahora bien; ¿supera ó acaso iguala *El Tanto por ciento* al *Pluto* de Aristófanes, y á *La cuestion de dinero* de Dumas, hijo? Desgraciadamente, ni lo uno ni lo otro.

En *Pluto*, el dios de las riquezas aparece con su ceguedad característica repartiendo dones á diestro y siniestro, como despues, y conservando algun resto del paganismo, se ha presentado á la fortuna unas veces y otras á la casualidad. En la obra griega, los personajes son ideales y sintéticos; y por eso resumen admirablemente los vicios, las virtudes, las pasiones, las grandezas, las miserias de los hombres. La multitud volviendo la espalda á la *Pobreza*, siguiendo á *Pluto*, incensando á *Chremyle*, á quien el dios colma de beneficios, es la humanidad entera. *Pluto*, que al recobrar la vista quita las riquezas á los malvados y enriquece á los pobres con honra, es la moral severa de la comedia, que tiende á probar con cuanta frecuencia se entroniza la perfidia al alto lugar que pertenece á la verdadera lealtad. Y en esta misma obra del cómico de Grecia, qué de vicios particulares puestos en relieve y mezclados

con el general del amor al dinero! ¡qué de pequeños e importantes detalles sobre los estragos que produce la pasión al oro! Si nosotros hubiéramos tenido amistad alguna con el Sr. Ayala, antes de escribir él mismo su *Tanto por ciento*, y si hubiéramos sabido que trataba de castigar en la escena el afán de negociar, le habríamos aconsejado que con su claro talento, con sus brillantes disposiciones para al teatro, hubiera calcado su obra en la imperecedera de Aristófanes. Hay tanta analogía entre las costumbres que pinta el poeta helénico y las de nuestra época, son los vicios de *Pluto* de tal manera los nuestros, que en algunos momentos los personajes de aquella obra, escrita hace 2,200 años, hablan y obran ni más ni menos que como obran y hablan muchas personas del siglo XIX.

Pluto es y será siempre la mejor censura y la más exacta representación de la codicia castigada.

La cuestión de dinero es obra ya más conocida, y nos limitamos á decir de ella que si el hijo del célebre novelista no hubiese escrito más que esta comedia, podría siempre ser citado con encomio creciente en los círculos literarios más autorizados, El Juan Giraud del joven Dumas es el verdadero negocio, es el negociante único, como existe, como es, como le comprende todo el mundo.

No hablamos de *La comedia humana* que también cita el Sr. Ramirez, por creer que nuestras comparaciones de *El Tanto por ciento* deben hacerse únicamente con obras dramáticas, y la de Balzac nombrada no tiene de teatral sino el título. Mejor pondríamos la producción de nuestro Ayala en parangón con *La Malrastra* de aquel novelista, y en este caso quedaría muy airoso la obra española.

Quede, pues, demostrado, que *El Tanto por ciento*, como síntesis del negocio, no es original.

Quede también probado, que como obra de asunto reproducido, es inferior á las de Aristófanes y Dumas, hijo, porque no representa en ella el negocio su verdadero papel, supuesto que la intriga que promueve el negociante es falsa; porque la atracción que *El Tanto por ciento* ejerce es forzada y no natural; porque los criminales están á merced de cualquiera que desee mandarlos á presidio; porque el castigo del vicio no existe, y si existe es tan material, tan poco severo, que no está en relación, ni con el mal originado, ni con el odio que inspira; porque la acción cómica no resulta del negocio, sino el negocio de la acción, es decir, porque el negocio no crea las situaciones, sino que se aprovecha de las situaciones creadas por la acción del amor de los dos únicos personajes que no son negociantes; porque, en fin, los viciosos de la comedia, que están siempre desconociendo de las personas honradas, tienen entre sí una absoluta confianza, como si ellos fuesen los únicos que no practicasen el mal, lo que naturalmente destruye los caracteres y la verdad de las situaciones.

Precisemos ahora esta nuestra opinión.

(Concluirá).
FEDERICO VILLALVA.

BATAVIA,

SU SISTEMA COLONIAL, ADMINISTRATIVO Y COMERCIAL.

IV.

Es preciso vivir con el tiempo para acomodar nuestros sistemas legislativos, políticos y económicos á la importancia del día y al espíritu de las naciones ilustradas. Este principio es el que domina de algunos años á esta parte en

la marcha administrativa de las colonias de Batavia y Singapur. Este mismo principio desterró la preocupación en que vivieron algunas naciones, que miraban al comercio con desprecio y creían poder subsistir sin él; cuando á medida que ha ido naciendo se ha propagado siempre á la voz de la esperanza.

Las transacciones que existen entre las islas Filipinas y las dos citadas colonias de Singapur y Batavia, son desgraciadamente de tan escasa importancia, que creo inoportuno recordar las principales causas que hacen sean completamente nulas con la segunda colonia nuestra más próxima vecina.

Para terminar este trabajo creo conveniente consignar el movimiento mercantil que tuvo lugar entre Java y Singapur, durante los años de 1858 y 1859.

La importación que hace el comercio particular, es mucho mayor que la que hace el mismo gobierno neerlandés por su cuenta; así es que, cuando el primero llegó á alcanzar la suma de 14.548,555 pesos fuertes, el segundo solo realizó la de 5.251,276 pesos fuertes. Si tenemos en cuenta que de esta cantidad solo 2.383,220 pesos fuertes representan el valor de la especería, el resto se ignora en qué pueda consistir; se supone sea en el valor de los aprovisionamientos del departamento de la guerra, así como en el de todos aquellos que tienen aplicación al servicio público ó al de la *Sociedad comercial holandesa*.

La exportación hecha por los particulares fué también en 1858 de pfs. 10.448,080, mientras que el valor de la que se hizo por cuenta del gobierno solo llegó á la suma de pfs. 440,562; consistiendo en los productos del país remitidos á Holanda por dicha *Sociedad comercial* (*Handels Maatschappij*) que es la que, como hemos visto en el artículo cuarto, explota estos trasportes, cuyo valor asciende á pesos fuertes 10.534,758. En ellos se comprenden tanto las mercancías como el dinero remesado á las diferentes plazas de comercio del archipiélago indio, cuyo total fué de pesos fuertes 1.857,555 y en mercancías pesos fuertes 68,047.

Los derechos de aduanas percibidos por los efectos importados así como de los esportados de Java durante el servicio de dicho año de 1858, produjeron la cantidad de pfs. 1.841,190; de cuya cantidad, deducida la de devolución por *retornos* que fué de pesos fuertes 20,401, y la perteneciente á las exportaciones por cuenta del mismo gobierno, que dieron un resultado líquido de pfs. 399,995, hace un total de recaudación por las aduanas de pfs. 1.420,995.

La comparación del comercio de Java con el de Singapur nos dá los resultados siguientes:

Java importó en 1858.	{ Comercio particu- lar. . . 14.548,553 Idem del gobier- no. . . 5.231,276	Pfs. 49.779,829
Esportó en idem.	{ Comercio particu- lar. . . 10.448,080 Idem del gobier- no. . . 440,362	
Total de su movimiento comercial.		Pfs. 30.668,271
El de Singapore en la misma época fué:		
Importacion.		Pfs. 5.552,465
Esportacion.		28 917,915
Total.		62.445,380
Resultando una diferencia de más que Ja- va de.		31,777,109

Nadie ignora que Java tiene á su favor una poblacion de 10 millones de habitantes y que Singapore apenas tal vez cuente mas de 300,000, pero la primera tiene en contrasuya las murallas de sus aduanas, que como las de otras muchas posesiones coloniales, están mas bien arregladas para cargar al natural que al extranjero. Nadie tampoco ignora que las aduanas son por lo regular las que fomentan tarde ó temprano la decadencia en vez de la prosperidad, y que si bien, cuando son ilustradas, son el nivel que arregla el comercio nacional en concurrencia del extranjero, suelen tambien ser un recurso para sacar dinero y un elemento poderoso que cierra los puertos de mar, estanca el comercio de tierra y arruina las colonias.

Los ingleses, que siempre critican las nuestras en la zona de Filipinas, mucho tendrian que sentir el día que abriésemos las puertas de Manila y la dotásemos con todas las franquicias que ellos han tenido que adoptar para conseguir la preponderancia comercial y aun colonial de las islas de Singapore, Pulo Pinang y Malaca.

La primera es un depósito universal nada mas, donde todo entra y sale sin pagar un céntimo; donde la mayor parte de las importaciones salen marcadas con la calificación de exportaciones, y donde el consumo y la producción local son tan insignificantes, que no merecen mencionarse.

Por último, aunque el valor é importancia del movimiento mercantil de Java aparece ser menor que el de las dichas residencias inglesas de los estrechos, sin embargo, es de mucha mas consideracion, si se quiere, por cuanto allí existe un consumo local que equivale á las cuatro quintas partes de la exportacion y una igual cantidad de la producción natural que se esporta, quedando solo la quinta parte de su comercio sujeta á las transitorias vicisitudes de los negocios mercantiles, que en Singapore es el permanente y azoroso estado de todas sus operaciones comerciales.

BALBINO CORTÉS.

LOS CAMPESINOS.

CUADRO QUINTO.

DOS ALMAS AGRADECIDAS.

Cuatro años eran pasados desde que Marcelo partió alegre de Andújar para el depósito de quintos de Alcalá, y solo dos cartas se habian recibido del soldado, escrita una en el puerto de Alicante y á bordo de un buque de guerra que lo trasportaba con su batallón al Archipiélago filipino: otra fechada en Jololó, momentos antes de entrar en acción con los piratas que infestaban aquellos mares. Nada mas se supo de él, y el anciano tío Santos perdió toda esperanza de volverlo á ver. Su habitual alegría se convirtió en un eterno pesar, que espresaba solamente con el silencio: tenia razon.

Alejo murió víctima de su incurable y crónica dolencia.

Marta acudió á su paño de lágrimas, la marquesa de Zurgena, dándole una detallada explicación de los dolores de que se veía cercada. Le describió la infortunada mujer todo lo ocurrido en la muerte de Jacoba, la obligación que se habia impuesto de criar y

educar aquel desvalido niño, que recomendaba á la piedad de la marquesa, para el caso de que ella y su Santiago faltasen, y pedia sobre todo que averiguase el paradero del soldado Marcelo, avisándole si vivía, para sacrificar sus dos mejores yuntas de vacas, y obtener su licencia absoluta por medio de la sustitución, y devolverlo de ese modo al lado de su crépito y abandonado padre.

Poco tiempo tardó la bondadosa marquesa en averiguar que vivía y que arribaba brevemente á las playas de Cartagena con su batallón, de regreso ya de su expedición marítima. La dirección del arma á que pertenecía aquel soldado, dió orden al coronel de su cuerpo para que lo enviase á la secretaría del director general, en la cual le debían instruir de ciertos negocios interesantes de familia.

Dos meses despues de esta orden, se encontraba Marcelo en el intrincado laberinto de las calles de Madrid, y era portador de un oficio cerrado y sellado con las armas de la mayoría de su regimiento, cuyo oficio cambió en la Dirección general de Infantería con una targeta que lo guiaba al palacio de su protectora, la ilustre marquesa de Zurgena, situado en la Costanilla de los Angeles.

Esta señora, que era una de las mas nobles figuras de la corte de Isabel II, habia terminado sus servicios de aquel día en los salones del régio alcázar: habia servido á su reina y á su país, y las horas que debiera dedicar al reposo, las iba á emplear enjugando lágrimas y acallando ayes en los sótanos y en las bohardillas donde se alberga el infortunio. Era dama de la junta de Caridad, y giraba en aquella mañana una visita á los desgraciados que estaban sometidos á su cuidado.

Bajaba ya el último escalón de la suntuosa escalera de mármol de su palacio, cuando arribó Marcelo á su presencia. Multitud de necesitados, acostumbrados sin duda á recibir sus dones, llenaban en gran parte el anchuroso vestíbulo de la suntuosa mansión demandando limosna.

La ilustre señora se detuvo al pié de la escalera para tender su mano bienhechora y socorrer las desgracias de aquellos menesterosos, que no eran ni mendigos haraposos de oficio, ni vagos usurpadores de los dones de la caridad; eran la quinta potencia, el refinamiento de las miserias de la corte y de los grandes centros donde con tanta rapidez se descien- de desde los suntuosos estrados de la fortuna á los abismos de la pobreza y de la nada; miseria vergonzante y desconocida que se oculta debajo de un tupido mugriento velo de blonda, ó se cubre con la máscara del uniforme ó del levita raído, esa miseria que no demanda á voces, pero que calla y muere de hambre.

A todos escuchaba atenta y afable; dirigió la palabra á muchos; dió consuelo y esperanza á los que se acercaban, dándoles el cariñoso tratamiento de hijos y hermanos, y distribuyó entre ellos porción de monedas de que llevaba repleta su escarcela. Aquel dinero y aquel bolsillo, alimentado de unas moderadas rentas nada mas, no se agotaba nunca, era el mila-

gro de pan y peces, como decia Marta con oportunidad. Nosotros diríamos tambien, sino participásemos de la cristiana opinion de aquella mujer del pueblo, si no tuviésemos la fortuna de creer y confesar que el interés que Dios abona en la grangería de hacer obras buenas es el ciento por uno, diríamos, acaso profanamente, que aquel bolsillo reproductor parecia estar manejado por Herrman ó Makallister en una funcion de escamoteo, por que las monedas que dispensaba, no se agotaban nunca.

La marquesa cruzó por entre aquellas dos hileras de agradecidos menesterosos, orgullosa como un rey entre las filas de sus aguerridos alabarderos; pero aquel orgullo no era la altanería pretenciosa del que se humilia con el cálculo de enaltecerse; era la noble altanería que levanta el corazón y la frente del que ha cumplido con un deber santo y social al mismo tiempo.

La riqueza de su prolongado y ancho traje de terciopelo negro, la pelerina de hermosas pieles de Marta de Groenlandia, el largo velo de encaje de Alençon que le cubria su rostro bondadoso y bien conservado, revelaban que aquella señora, noble tipo de la distinguida grandeza española, sabia adunar á un tiempo la elegancia y la riqueza en el vestir, con arreglo á la posición y clase, con la sencillez mas severa que condena lo recargado, lo superfluo y demasiadamente transitorio.

¡Quizá su presupuesto de caridad se formaria con el importe de los gastos estériles y de pomposa vanidad que cercenaba en su tocador y en su casa!

Un lacayo gallego, fornido y atlético como el Hércules Cattallo, vestido con un surtout ligeramente blasonado en el cuello, la seguia detrás, conduciendo un saco de tapicería llavado y repleto, con un modesto aunque completo ajuar para dos huérfanas pobres que se desposaban en la parroquia, y ropas y camisitas cosidas por mano de la marquesa, de su hija y de sus dos hermosas pensionadas en el colegio de San Antonio de los Italianos, con objeto de repartirlas entre los menesterosos de aquellas bohardillas que iba á visitar, llevando el socorro y el consuelo proporcionado á los dolores que encontrara.

Marcelo, que no se atrevió á acercársele cuando la vió en el vestíbulo de su palacio, rodeada de aquella cohorte de necesitados, se dirigió á ella reverente, y con el ros en la mano, entregándole la targeta de contrasena que le habian dado en la secretaría de la Inspeccion de Infantería.

La bondadosa y afable señora, comprendió por el uniforme, por la targeta y por el velo cobrizo que ennegrécia las facciones del soldado, que era su recomendado que regresaba del abrasador suelo filipino; y habiéndole oído algunas cortas esplicaciones, le devolvió la targeta citándole para las ocho de aquella noche en el ya conocido palacio de Zurgena.

Era la hora de la cita, y ya se encontraba el atezado cazador Marcelo en uno de los magníficos salones del palacio.

La bondadosa marquesa, recostada en un diván y acompañada de la institutriz alemana de su querida

nieta, deshilaba con ellas blancos y transparentes pedazos de Holanda, y confeccionaba cabezales y vendotes que regaba frecuentemente con lágrimas; pero ¡ay! pronto se empaparian aquellas hilas y aquellas vendas en la generosa y noble sangre de españoles denodados, en las regiones mortíferas del Africa.

La marquesa le saludó afable, dando confianza y expansion al encogimiento que naturalmente dominaba al soldado, al verse en medio de aquella deslumbradora habitación y al frente de una respetable señora á quien jamás habia visto hasta aquel día. La marquesa abrió un pequeño *secretaire* de palisand, y registrando entre otras, sacó y leyó la carta en que Marta Rodríguez pintaba las desgracias y miserias que la rodeaban, pidiendo su intervencion para enjugar las lágrimas del pobre tío Santos, que habia perdido sus vacas y el único hijo que quedaba en su compañía y á su cuidado, y sumido en una hipcondría tenaz no cesaba de repetir.... ¡me muero!... ¡ya no le veré más!....

Marta ofrecía vender en la primer feria una de sus yuntas de vacas, y con su valor y lo que supliera en préstamo la compasiva señora, habia intentado restituir aquel hijo al lado de su decrepito padre, pues el tiempo que aun le restaba de servicio no podia vivirlo aquella venerable senectud.

La marquesa esplicó este caritativo plan al joven soldado, que la oyó enternecido hasta el punto de humedecerse sus ojos en esas suaves lágrimas que hace verter la grata efusion del alma.

El ojo sagaz de aquella señora, comprendió el efecto que habian producido en el corazón del soldado las generosas ofertas de Marta, y para remediar en algun tanto el sentimiento que pudieran haber causado, dijo en tono festivo:

—Compadezco las cuitas que afijen á mi pobre cuanto querida Marta. Propone vender su yunta la necesitada labradora para proporcionar la enorme suma de *ocho mil reales vellón* que costará la obtencion de tu licencia absoluta, que se conseguirá por medio de la sustitucion, y apela á mi favor y á mi contaduría para que supla el resto que aun le falta (con el carácter de préstamo, reintegrable contrata por supuesto) cuya suma me dice que causará la dicha de un moribundo anciano. Pronta y dispuesta está la suma del rescate, sin necesidad de que la pobre labradora sacrifique sus vacas en aras de la diosa caridad. Esto seria un *ecatombe* demasiadamente pagano; y yo que me precio de muy católica, debo impedirlo á toda costa. La suma es corriente: la sustitucion es un recurso legal, tambien corriente. Esto supuesto, ¿para cuándo quiere mi protegido cazador obtener su licencia absoluta, su cañon de lata para guardar ese trofeo, y su ancha cinta encarnada para suspenderlo y regalarla despues á la reina de sus amores?

El joven cazador no comprendió siquiera una palabra de aquella locucion culta y figurada que usaba la marquesa en la expansion de su buen humor, tambien andaluz; pero no dejó de apercibirse que aquella señora trataba de alcanzarle su licencia ab-

soluto para restituirlo al lado de su anciano padre; y sin rodeos ni embarazo para espresarse, contestó sincero:

—Agradezco á V. E. en el alma el bien que se propone hacerme; pero en el caso que hoy nos encontramos, otra licencia es la que solicito.

—¿Qué clase de licencia solicitas? preguntó la marquesa con interés y curiosidad al mismo tiempo.

—La de poder marchar á la guerra del moro, que se ha publicado ya, aunque no toque en suerte esa gloria al batallón á que pertenezco.

Mas sorprendida y admirada quedó todavía la marquesa; y deseosa de explorar á su sabor aquel corazón generoso y altamente español, le dijo:

—La mísera ancianidad de tu padre reclama la restitución al hogar paterno.

—La patria nos llama á todos á ese rincón del mundo donde pisan nuestras banderas los olvidadizos espulsados. Haga yo lo que debo por mi patria, y mientras hagan otros lo que puedan con mi necesitado padre. También huyó su merced á las partidas de la sierra cuando la guerra del francés, quedando su madre ciega y mendiga, mientras mi padre se rompía la crisma en los tercios del marqués de la romana, y compadecidos de ella aquellos señores de Andújar, la tomaron por su cuenta, tratándola á cuerpo de rey; y sepa V. E. que hasta le costearon la curación de las cataratas: y decía mi padre que Dios le volvió la vista para que viera entrar á su hijo sano y salvo en su casa, lleno de cruces y cicatrices; pues de tal cuervo tal huevo. Yo quiero seguir su ejemplo, y probar en las primeras filas si la puntería de un tirador riffeño aventaja al ojo certero de un cazador de Sierra-Morena.

La marquesa callaba y admiraba.

—Dos obligaciones me llaman á un tiempo, decía el soldado: lo primero es ir á romperse la crisma con esos desalmados, y tiempo queda después para acudir al viejo y echar el alma trabajando para sacarlo á una orilla.

Así discurría aquel valiente hijo del pueblo, amamantado con los ejemplos de abnegación y patriotismo de su padre, de aquel soldado desconocido é ignorado quizá en la gloriosa epopeya de nuestra santa independencia, cuyas hazañas se igualarían tal vez á las de los héroes más afamados de la historia; pero era un oscuro soldado, y esos bravos y modestos Aquiles y Vivares, nunca tienen Homeros que canten sus glorias, ni cancioneros que eternicen sus proezas. Desde la espléndida gloria del guerrero descendió gustoso á los ignorados valles de una sierra á ser guardian de una vacada. Iguales ambiciones se descubrían en el hijo.

La marquesa ofreció socorrer las necesidades de su padre; y puesto que tan decidido estaba á pelear en Africa, aplazó su oferta de redimirlo del servicio, concluida que fuera la guerra.

En este momento se abrió el portier de terciopelo carmesí blasonado en su centro con una pequeña corona de marqués bordada en oro. Una mano delicada, vestida de un ajustado guante de cabritilla, des-

corrió la cortina, dejando ver la figura de un caballero envuelto en un elegante pellissier, el cual penetró en la estancia sin ser anunciado, y dirigiéndose á la marquesa, le tendió cariñosamente la mano; esta se la estrechó espresiva. Marcelo y la institutriz hicieron una respetuosa cortesía y se salieron de la sala.

La ágil vivacidad de los suaves y desembarazados movimientos de aquel apuesto caballero, indicaba que apenas contaba los cuarenta años de su vida; su ancha prematura calva que prolongaba su frente hasta la estremidad occipital, denotaba que en aquellos cuarenta años había recorrido un período de estudios, de responsabilidades y cuidados equivalentes á sesenta. Sus finas y corteses maneras descubrían el elevado origen de su clase, y los hábitos de una cómoda y regalada vida. Su rostro tostado y ajadísimo por las injurias de la intemperie, contradecía á la vez la molición de una vida cómoda. Una noble altivez y unos decididos hábitos de mando se descubrían también en aquella simpática figura.

—¡Ola, ola! Dijo sentándose al lado de la marquesa que apilaba hilos sobre una bandeja de delicado maque: ocupación negativa, mi querida marquesa, deshacer lo hecho. Destejeis admirablemente, hacendosa imitadora de Penélope; pero esa imitación veo que es á medias.

—No estás al corriente de mi laboriosidad. Me ves desteger de noche; pero te se ha pasado en alto la tela que estoy urdiendo y tramando de día, mi querido hijo. Ya ves que la imitación que hago de Penélope es por completo.

—Supongo que esa tela se estará urdiendo para mí; supongo que ese cazador entrará en la trama; y supongo que de esa urdimbre y esa trama yo cargaré con la estofa. ¿Qué imposible de ordenanza me exiges? sacadme de ciudadano; dadme un hilo y no me tengais así impaciente.

—Se trata nada menos de que des plaza en el ejército expedicionario de Africa á ese esforzado cazador. Se trata de que el ilustre general que forma parte de él (el general se inclinó ligeramente, puesto que se trataba de su persona) y tiene la dignidad de escucharle, lo tenga por reenganchado por todo el tiempo que dure esa guerra, poniendo por indispensable condición.... que se le permita formar en las primeras filas que se coloquen en batalla.

—¿Con que pide ir al Africa decididamente?

—Con entera decisión, y por todo el tiempo que dure la campaña, aunque termine antes su empeño.

—Singular decisión muestra por batirse con los suyos: ya sabeis, idolatrada madre, que el Africa principia en los Pirineos, según un geógrafo moderno.

—Si los cultos habitantes de allende aquellos montes fueran tan orgullosos é injustos como ese moderno geógrafo su compatriota, diría yo á mi vez, usando igual licencia geográfica: *La Argelia termina en el Canal de la Mancha*; pero atendiendo á la civilización de ese generoso vecino pueblo, me acojo á otra afortunada frase proferida por un rey, cosmó-

grafo también; protesto que en cuanto á ilustración, cultura é hidalguía: *Ya no hay Pirineos*.

—Y, ¿no será descortesía preguntaros el nombre de ese moderno Cid de quien me habláis?

—Para Cid tiene la mitad de su camino andado: es también español como aquel génio portentoso de la guerra; pelea como aquel, por su patria y por su reina, y combate contra el altivo moro, como aquel bravo Aquiles del siglo XII. Su nombre, apellido y circunstancias, se encuentra escrito en esta carta de una pobre mujer de Andalucía que lo recomienda.

Esto decía la marquesa dejando la carta de nuestra heroína sobre el velador donde iba colocando delicados mazos de hilas el festivo y laborioso general con escrupulosidad pueril é indiferencia heroica. ¡Tal vez aquellas hilas se regarían con su hidalga y generosa sangre en las cumbres de Sierra-Bullones ó en las márgenes de Juad-el-Jelú.

—Os estasiáis, mi querida madre, dijo el general afanoso por apurar de deshilar el último pedazo de breña que tenía en la mano. Os estasiáis con la memoria de esos extravagantes héroes de provincia. ¿Qué escribe en su ramplon estilo perfumado de ojos la nueva Teresa Panza á su protectora la duquesa? ¿Es raptor este soldado de alguna Lucrecia de sus hijas? ¿Os manda bellotas á cuenta de corales? ¿Se le fueron las aguas á Sanchica?

—No es manchega, es andaluza la autora de la epístola, dijo la marquesa poniendo en manos del general la mal escrita carta, aunque llena de abnegación y sentimiento.

—¡Sacrilégio inaudito! decía mirando el sobre de la carta. ¡Escribir España con *e* chica! ¿Cómo me entiendo yo con su autora, que se niega á reconocer á nuestro país como potencia de primer orden? ¡Infame! ¡mal patriota! ¡inglesa!

—España será siempre la misma, contestó riéndose la marquesa. No ha de quitarle quilates de valimiento ese yerro ortográfico, ni se aminora su territorio que alumbra perennemente el sol, porque se escriba con *E* grande ó con una *e* tamañita como un grano de arena. La pobre mujer que así la escribe, ilustra y hace dos veces grande á nuestra España, porque á mas de su importancia, la hace grande por la nobleza de sus hijos. Ya ves, mi querido hijo, que la apreciación de la grandeza ó pequeñez de nuestra nación no se decide por el tamaño ni por el número de las letras con que se escribe su nombre, mientras tengamos el orgullo de que se enumere nuestro país grande entre los grandes y poderoso entre los potentes. — Falta, pues, que sepa el general expedicionario que la persona autora de esa carta que recomienda mi decidido cazador, es Marta Rodríguez, habitadora de una humilde choza, situada á orillas del apacible Jándula, en el barranco de Valdelagrana. ¿No hay en el libro de memorias de tus primeras campañas una página dedicada á ese río, á ese valle y á esa choza que albergaba á un corazón noble y generoso?

—¡Ay madre mía! esa página está escrita con caracteres indelébles en mi corazón. Debo la vida á esa

mujer, y ya sabeis, señora, la buena cualidad que venimos heredando é imitando los de nuestra familia siglos hace; la gratitud, acompañada siempre de una fiel memoria que hace inolvidables los favores recibidos.

—Y te burlabas, ingrato, pocos momentos hace de mis queridas gentes del campo de Andalucía: de esos hermosos tipos de verdadero patriotismo, de abnegación, de fé cristiana, que nacidos bajo la benéfica influencia de ese hermoso cielo plateado y azul, de ese benéfico clima de eterna primavera, duermen en sus bellas praderas, á la sombra de sus pinos, de sus olivos y sus naranjos, alegres, festivos y generosos, merced al bienestar que disfrutaban en sus enjalbegados y cómodos albergues, donde sonríe la salud, la abundancia y la paz del alma, arrullados por hermosos pájaros viajeros que vuelan de los trópicos, de todas las estremidades de la tierra, á rendir párias á la dulzura de sus estaciones, á la abundancia de sus cebos, y á escudar sus crias en la hidalga hospitalidad de sus habitantes. ¡Oh! ¡aquel campo!... ¡aquel campo!... ¡que no se turbe nunca la paz y bienandanza de sus tranquilos moradores: que no los esclavice allí la mal entendida libertad! ¡que no los pervierta y atrase la civilización y el peor comprendido progreso del siglo!

Y volviendo á su tono festivo, decía sonriendo á su hijo:

—Has faltado solemnemente, mi querido hijo, á los recuerdos de gratitud que debes á esas sencillas y generosas gentes de los aduares de chozas de Valdelagrana, y preciso es que purgues tal pecado, siendo por lo menos la trompeta de la fama de esas virtudes ignoradas en el mundo. Unas célebres justas van á abrirse en Barcelona, promovidas por su ya célebre Sociedad Económica, y el lema humanitario que se proponen sustentar es «premio á la virtud», según publica un periódico de aquella ciudad ilustre que lleva siempre la bandera de los adelantos del país. El objeto grandioso de ese venerando concurso, es conocer, premiar y dar una publicidad europea á los grandes hechos de virtud y abnegación social y cristiana que se hayan practicado por esa numerosa clase, por esas infinitas personas á quienes se aplaude y desdeña en España denominándolas ¡POBRES GENTES! Los rasgos nobles, virtuosos y desinteresados de esa heroína, habitadora de los valles de Sierra-Morena, deben ser conocidos y admirados por las gentes de corazón recto, por los amantes del útil y verdadero progreso que civiliza y mejora las condiciones de la vida. Manos, pues, á la obra, y seas tú, mi querido hijo, el cronista de Marta Rodríguez, de esa especie de Providencia del desierto de Valdelagrana.

—¿Y qué papel quereis que desempeñe en la publicación de esa crónica? Hablad, y mi cariño de respetuoso hijo, y mi deber de agradecidísimo protegido de esa notabilidad de las CLASES POBRES, de esa virtuosa y poco conocida ¡POBRE GENTE! harán en honor á España, y en obsequio á ella, y para perpetuidad de su nombre cuanto necesario fuese.

—Admitida tan eficaz cooperacion, dijo la marquesa; y puesto que partes en breve á Barcelona, y te despides en ella de la Península querida, señala tu partida de las playas europeas con un acto de patriótica é hidalga abnegacion. Eres el general mas jóven y acaso el mas favorecido de la fortuna bajo las formas de la diosa de la guerra, y acaso te brinde la ocasion en esta campaña para que des nuevos dias de gloria á la nacion que te vió nacer.—Estamos solos....—Preséntate ante ese gran jurado de conciencia que va á fallar como Dios sobre las virtudes humanas; y jura allí sobre la cruz de tu envidiable espada que Marta Rodriguez salvó generosamente tu vida en los breñales de Sierra-Morena, esponiéndose á riesgo de muerte, sin mira interesada de ningun género, guiada solo por la nobleza de sus sentimientos sociales y cristianos. Tu aserto probará este heroico rasgo de abnegacion. Este solemne atestado de la autoridad civil y eclesiástica de Andújar que me he sabido proporcionar, despues que leí la carta de sus hechos referidos á la casualidad, prueba: 1.º Que esta pobre mujer mantiene en su compañía á la madre de su marido, pobre y ciega, compartiéndole con ella el escaso pan que se procuran para sus hijos. 2.º Que arriesgó su vida en una noche tenebrosa, en medio del espantoso desierto de una sierra, por prestar auxilio á su moribunda vecina Jacoba Cenete, viuda de Felipe Montaña, espatriada de los Velez, á la cual asistió sola y expuesta, hasta que la muerte la arrebató despues de verificar el alumbramiento de un niño. 3.º Que crió y lactó aquel niño á medias con el suyo, prohibiéndolo y renunciando generosamente la pension que le librara el Asilo de Huérfanos.—Que ese jurado de caridad decida en la piadosa liza sobre el mérito de las acciones de esa santa mujer; y si sus hechos cristianos y civilizadores no tienen otros que les superen, grábense en bronce el nombre y las acciones de esa caritativa heroína, como grabados estan en la memoria mía y en el corazon de mi querido hijo.

El general conmovido y respetuoso cogió la carta y los papeles que la Marquesa había leído llena de emocion, y guardándolos en su cartera de memorias, anotando sobre el respaldo de la carta el nombre y apellido del Cazador Marcelo, que se paseaba en las galerías del Palacio entre los ordenanzas del General, contándose entre ellos.

Un magnífico reló de maque indiano que había sobre la mesa dejó sonar en una melancólica pero agradable música un ligero aire de Mozart, y dió despues acompasadamente las dos. El eco de un clarín se oyó á lo lejos: los dos personajes se pusieron de pié. El General abrazó con efusion á su llorosa y al parecer resignada madre que le estrechó tiernísimamente entre sus brazos. Sacó, besó y entregó á su hijo un escapulario bendito que llevaba prevenido en su escarcela.

Aquel abrazo era de despedida para la gloriosa guerra de Africa.

VIAJE DEL CAPITAN BURTON

Á LOS LAGOS DEL ÁFRICA CENTRAL Y Á LOS MANANTIALES DEL NILO.

I.

Salida de Zanzibar.

El día 16 de Junio de 1857, á medio día, salía del puerto de Zanzibar la corbeta *Arthémise*, despedida con uno de esos estrepitosos saludos de la artillería, que tan agradables efectos causan á los orientales, permitiéndonos la lentitud de su marcha dirigir una última mirada á las mezquitas y á las blancas casas de los árabes, á las chozas de cañas de los naturales, á los bosques de cocoteros de elevado tronco y á los árboles del clavo-especia, que crecen simétricamente en las pendientes de las colinas. La perfumada brisa del mar de las Indias nos empujaba hácia el Este, bajo un sol resplandeciente que teñía de azul oscuro las superficies de las aguas. Pasamos de esta suerte entre las dos islas encantadas de Kumbeni y de Chumbi, coronada la una de grandes árboles, y cubierta la otra de una espesa capa de chaparros. Bien pronto la blanca arena de la ribera desapareció de nuestra vista detrás de las olas, mas tarde, se ocultaron á su vez los rojizos peñascos de la playa; y la tierra misma, pasando del color verde al oscuro, y de éste al de púrpura, y achicándose gradualmente, no nos permitió distinguir más que la cima de los cocoteros, nadando, por decirlo así, en la superficie de las ondas; y cuando hubo llegado la magnífica noche de los trópicos, una vaga línea, apenas distinta, nos indicaba el punto del horizonte donde estaba Zanzibar, que horas ántes habíamos abandonado.

La *Arthémise*, corbeta de 10 cañones, que ostentaba orgullosa el rojo pabellon del iman de Mascata, fué construída en Bombay con madera de las Indias: es ancha y sólida, pero mala velera. Conociásele ántes con el nombre del *yatch del Cónsul*, porque el último príncipe de Zanzibar, el sazzid Said, la prestaba con frecuencia á su amigo el coronel Hamerton. Esta vez, sin embargo, se la había pertrechado con más esmero, puesto que no se trataba de un simple paseo, sino de una navegacion formal: sus altos mástiles y sus velas plegadas de ordinario sobre el puente, ocuparon su lugar respectivo; sus aparejos, que colgaban ántes en desorden por todos lados, fueron cargados con exquisito cuidado, desplegaba sus viejas velas, y la tripulacion, reducida no hacia mucho á algunos infelices esclavos que disputaban á legiones de ratas y otros insectos, tuvo de ceder su puesto á 20 marineros. S. A. actual, el sazzid Majid, que se titula Sultan de Zanzibar y del Sawahil, acudió á bordo á hacer una visita, que seria la última, á nuestro digno Cónsul, al leal consejero de su padre. El príncipe me dió tambien muestras de su benevolencia remitiéndome tres cartas de recomendacion por conducto de su secretario Ahmid-Bin-Nuhman, generalmente conocido por el mote poco lisonjero de *Wajhayre*, ó *doble cara*. Una de las cartas es para Musa-Mzuri (el bello Moisés), dean de los mercaderes indios establecidos en el país de los Uniamwesi, país que voy á recorrer; la segunda para los árabes de la misma comarca, y la tercera para todos los súbditos suyos que viajan por el interior de Africa.

L'Arthemise, además de todo el material de nuestra expedición, conduce el personal siguiente: el capitán Speke y yo; dos jóvenes mestizos portugueses de Goa que nos sirven de criados; dos negros para el cuidado de nuestros fusiles, el Seedy Mubarak-Bombay, su primo Muinyi-Mabruki y ocho soldados beloutchis que el sazzid nos proporcionó como escolta. El coronel Hamerton, cónsul de la reina y agente de la compañía de las Indias en Zanzibar, aunque atacado de una enfermedad mortal del hígado, se empeñó en acompañarnos hasta la costa del continente, á fin de proteger nuestro desembarco en aquella tierra inhospitalaria: en virtud de los consejos de este esperto cónsul, me permití modificar el plan trazado por el comité de la sociedad geográfica de Londres para nuestra expedición. En 1825 uno de los miembros mas distinguidos de la desgraciada mision de Mombas, M. Erhardt, habia ofrecido sus servicios para explorar un gran lago de tanta estension, segun él, como el mar Caspio, y existente en el centro del Africa tropical, siendo la prolongacion hasta el N. del Ecuador del antiguo lago Maravi ó Maravin de los viajeros portugueses, é inundando comarcas enteramente secas y conocidas desde medio siglo antes.

M. Erhardt proponia escoger por punto de partida el puerto de Kilwah (Quilua), uno de los mas meridionales de la dependencia de Zanzibar; de unirse á una caravana, llevando tan solo con él una veintena de porteadores cargados con una pequeña canoa para atravesar el lago, navegacion, que segun su carta geográfica, exigía cuando menos 23 dias. Engañado por las demostraciones de política del gobernador y habitantes de Quilua, ignoraba M. Erhardt que lejos de merecer su confianza, iba á exponerse á sufrir la suerte de un infeliz comerciante árabe que habia querido explorar la misma ruta, y habia sido asesinado poco antes por los salvajes del interior, merced á las sugerencias de los quiloeños.

Al mismo tiempo que Erhardt, sometia yo á la sociedad real de geografía un proyecto de expedición cuyo doble objeto era fijar los límites del mar de Ujiji, ó gran lago de l'Unyamwesi, y determinar los productos esportables de esta region, así como la etnografía de sus tribus. En cuanto á los misteriosos orígenes del Nilo Blanco, me habia abstenido de hablar de ellos en atención á que despues de haber indicado su descubrimiento como un resultado posible, era evidente que, en el caso de no encontrarlos, mi viaje hubiera parecido infructuoso. La sociedad, al aprobar mi plan, habia conseguido que se me suministrase por el ministerio de Negocios extranjeros la cantidad de 4,000 libras esterlinas, mientras que el consejo de los Directores de la compañía de las Indias limitaba su generosidad á la concesion, poco costosa, de una licencia por dos años.

Luego que hubo llegado el tiempo de fijar el punto de partida de la expedición, el coronel Hamerton habia rechazado inmediatamente el de Quilua, á causa del alejamiento de esta poblacion, cuyos habitantes, mitad árabes y mitad negros, gozan de una independencia casi completa, y son en alto grado hostiles á los extranjeros. Me habia propuesto que desembarcase yo en la costa enfrente de Zanzibar con una escolta del sazzid, y me dirigiese desde luego á través de las tribus del litoral; tan tristemente célebre por el asesinato reciente de M. Maizan, el primer europeo que se hubiese atrevido á aventurarse entre ellas. Acepté con tan-

to mas gusto este consejo, cuanto que por los informes siempre apreciables de los comerciantes árabes, habia adquirido ya la certidumbre de que el lago de Maravi ó de Quilua era perfectamente distinto del mar de Ujiji, y mucho menos estenso; de que no existia camino alguno del uno al otro, y de que, al explorar el primero, perdía la esperanza de descubrir el mar interior que buscaba. Además, la opinion general de los comerciantes europeos ó americanos de Zanzibar, cuya inquietud habia yo despertado al recoger informes estadísticos relativos á las gomas, al marfil y al ajónjoli; la de los mercaderes hindos que enarbolan el pabellon inglés siempre que se ven obligados á ocultar su participacion en la trata de negros; la de los árabes, irritados á causa de las tentativas religiosss é intrigas políticas de los antiguos misioneros de Mombas; y por último, la de los indígenas, que se oponen siempre á las exploraciones de los europeos, me hicieron considerar el éxito de mi viaje como muy comprometido, caso de que insistiese en seguir la ruta propuesta por M. Erhardt.

El 17 de junio á medio dia, ancló *L'Arthemise* delante de la punta Wale, lengua baja de tierra arenosa y cubierta de matorrales, que se estiende en la mar á algunas millas al Sud de la pequeña ciudad de Bagamoyo. El primer aspecto de esta parte de la costa de Africa, nombrada por los habitantes de Zanzibar el *Mrima*, ó tierra de las colinas, es de las mas notables. Al N. como al S., hay bahías de formas y magnitudes diversas, que se internan en la ribera cubierta por todas partes de una floreciente vegetacion, que interrumpen de trecho en trecho pequeñas rocas enrojecidas por el sol. Mas allá de la primera llanura formada por el terreno de aluvion, se apercibe á distancia que varia de tres á cinco millas una linea azulada de colinas bastante elevadas para ser vistas desde Zanzibar: es la frontera de las tribus salvajes.

Diez dias estuvimos enfrente de la citada punta, efectuando preparativos para el viaje. Said-Bin-Salim habia recibido del sazzid, á pesar suyo, la órden de llenar cerca de nosotros las altas funciones de *ras-kafilah*, es decir, de guía en jefe de la caravana; dirigióme incesantes súplicas á fin de que yo dilatase el viaje; pero habiéndome negado á ello, partió 15 dias antes que nosotros para reclutar porteadores. El tímido hombrecillo, aterrado á la sola idea de un viaje con blancos, que le esponia, no solo á los azares consiguientes á una escursion arriesgada, sino tambien al desprecio de sus compatriotas, se desesperaba hasta el punto de derramar abundantes lágrimas.

La promesa de recompensarle espléndidamente y la de regalarle un relój de oro si los viajeros quedaban satisfechos de sus servicios, no bastaron á calmar sus sobreexcitados nervios. El coronel Hamerton me habia advertido que no debia yo conceder plena confianza á un hombre en cuya sangre entraba el elemento árabe. En compañía de un banyan ó mercader hindo, llamado Ramji, habia pasado Said-Bin-Salim á tierra firme el 1.º de junio, y conseguido reunir una tropa numerosa de porteadores: empero estos, sabedores de que iban á servir á un *muzungu*, es decir, á un hombre blanco, se habian dispersado inmediatamente, olvidándose de restituir las arras recibidas. Necesitábamos 170 hombres, y solo podíamos contar con 56. El enorme peso de nuestros bagajes, procedia de la necesidad en que nos hallábamos de llevar las mercancías, única moneda en cur-

so en el interior de Africa, tales como tejidos de algodón, alambres, latón, collares de cristal y porcelana: íbamos además provistos de pólvora y balas para dos años, porque uno de los recursos principales para nuestra subsistencia debía ser la caza, y porque era de suponer que los ladrones contribuyesen por su parte al consumo de las municiones.

El segundo día de nuestra estancia enfrente de la punta Wale, condujo una canoa á nuestro bordo al recaudador hindo de la aduana de Zanzibar Ladha Damha, quien por adhesión al coronel Hamerton abandonaba su casa, á fin de favorecer por su parte la salida de la expedición. Sabiendo que los portadores eran raros entonces, en atención á que las carabanas del interior no habían llegado aun á la costa, y advertido por otra parte de que los comerciantes árabes se habían apresurado á contratar á todos los hombres aptos, temiendo se dejasen seducir por las ofertas de los blancos, propuso enviar al momento como vanguardia los 36 portadores con sus respectivas cargas, quienes debían aguardarnos en el país de K'hutu, en Zungomero, punto situado fuera del alcance de las tribus del litoral, acostumbradas al saqueo y devastación. Aquellos hombres, á pesar de que solo habían de contar con la protección de dos esclavos armados con mosquetes, fueron en extremo contentos con tal arreglo, porque temían sobre todo ir en compañía de un blanco, por mucha escolta que llevase. En cuanto á nuestro equipaje personal, indicó Ladha Damha el medio de transportarlo en asnos, medio que acepté al instante. Pusimos al punto en contribución el país, con tan feliz resultado, que al poco tiempo podíamos disponer de 30 cuadrúpedos de largas orejas, arreados para el camino con albardas y viejos sacos de los árabes.

Por falta de medios de transporte suficientes me ví obligado á dejar detrás el exceso de nuestras provisiones, consistentes en parte de las municiones y mercancías, y el barco de hierro que tan excelentes servicios hubo de prestarme en mi viaje de Mombas. Ladha Damha, á quien entregué 450 dollars para el sueldo de 22 portadores, juró solemnemente que en el término de 10 días remitiría la reserva de los objetos que nos veíamos precisados á dejar. No obstante, 11 meses trascurieron antes de que el apático hindo, detenido según más tarde nos dijo por la falta de hombres, hubiese cumplido su promesa. Sin duda alguna mis preparativos eran precipitados; impelmanme empero motivos muy poderosos, y el menor retardo hubiera podido llegar á ser fatal.

El pequeño establecimiento de Kaole, próximo á nuestro fondeadero, debía servir de punto de partida. La única construcción de mampostería que en él hubo de encontrarse, era un mal edificio provisto de su terraplen almenado. Los soldados de la guarnición y sus familias constituyen la mayoría de la población. Aquellos hombres, llamados béloutchis, á pesar de proceder de otros países de Asia diferentes del Belontechistan, son reclutados en Mascata, adonde acuden en gran número á desempeñar los mas groseros y mas rudos empleos, tales como marineros, portadores, conductores de asnos, etc. El sultán Bin Hamid, abuelo del actual de Zanzibar, fué el primero que concibió el razonable y político pensamiento de oponer á la turbulencia de sus súbditos árabes una milicia extranjera y disciplinada. Sus sucesores siguieron tal ejemplo; y á pesar de los defectos que caracterizan siempre á los ejércitos mercenarios, los béloutchis, objeto del odio y del desprecio de la

población, prestan al príncipe de Mascata los servicios que de ellos se esperaban. Inferiores como soldados á los Kurdos y á los Arnautas, tienen mucha semejanza con los Bachi-Bouzouks. Cuando están de guarnición, sea en la isla de Zanzibar, sea en cualquier otro punto de la costa africana, cobran una paga mensual de 3 á 5 dollars; pero en campaña ó en calidad de guardias avanzadas reciben 10 dollars; prefieren siempre el servicio activo, porque además del aumento de subvención, les es permitido todo género de exacciones. Sus jefes son oficiales llamados *jemadars* que, seguros de la impunidad, roban á la vez á sus subordinados y al gobierno. Los béloutchis viven á la manera de nuestros antiguos soldados de la India, charlando, disputando y bebiendo cuanto pueden, siempre que la ocasión se les presenta. Mientras que los mas jóvenes se entregan á los ejercicios corporales, los veteranos de barba blanca cuentan historias maravillosas del tiempo pasado, y presentan á la imaginación de un auditorio, incrédulo y admirado á la par, las nieves y los hielos, los frescos riachuelos y los sabrosos frutos de las montañas y de los valles del Beloutchistan.

La mayoría de la población de los establecimientos de la costa africana dependiente de Zanzibar, es una raza mezclada desde muy antiguo á la de los negros y árabes, y conocida con el nombre de wamrimas. Esparcidos en una estrecha y larga costa, estas tribus gozan de una opulencia relativa, que adquieren merced á las exacciones y robos de las carabanas procedentes del interior y de los productos de sus campos cultivados por esclavos. Si se dedicaran con algun esmero al cultivo, conseguirían recoger con abundancia algodón, café y gomas; mas interin resta alguna provision de grano en las chozas, ninguno de sus habitantes se resuelve á trabajar. Los hombres pasan el tiempo en comer, beber, fumar y bailar; ejercen activamente la intriga, y se entregan á la mas innoble disolución. La corrupción de costumbres que se observa siempre en semejantes casos resulta como en este del gran número de mujeres que se presentan los dias festivos adornadas y con la cara y cabellos lanosos polvoreados con pimienta amarilla; bailan lascivamente al aire libre: entran en la casa del extranjero como si fuese campo propio, y piden de beber con admirable desfachatez.

Los wamrimas reconocen por jefes á los Divanes ó *Chomwi*, cuya autoridad emana del gobierno de Zanzibar. El *chomwi* en su distrito goza del privilegio exclusivo de las multas y confiscaciones: él solo lleva turbante, y calza el chapin de madera llamado *kabkab*; él solo puede sentarse en silla ó banqueta; él solo ejecuta la danza del sable, mientras que un plebeyo no puede permitirse ninguna de estas distracciones sin exponerse á ser multado. Una intriga con la mujer del *Chomwi* es castigada con más severidad que si se tratase de otras mujeres. Compréndese que revestido de tan grande autoridad, el *Chomwi* vive sumido en la ociosidad, y su familia nada en la abundancia. Si los tiempos son apurados, organiza una *razzia* contra algun vecino más débil, y llena su bolsa con el producto de la venta del botin. Su renta es por lo demás segura, pues consiste en el tributo que percibe de las carabanas que conducen del Unyamwesi y de otras comarcas más lejanas, aun esclavos, gomas y marfil.

Aunque está severamente prohibido por el Sazzid de Zanzibar separar la caravana de su camino, el *Chomwi* in-

teligente arma una tropa de parientes, de amigos y de clientes, y se pone á su frente; introduciéndose tierra adentro hasta 150 ó 200 millas, y entonces obra ménos como guía protector que como bandolero. Empleando sucesivamente los medios que su diplomacia mercantille sugiere, ora por fuerza, ora por fraude, ora por seducción, induce á la primera caravana que encuentra á tomar el camino de sus dominios ó la impone derechos enormes bajo diversas denominaciones en retribucion del pretendido servicio que la presta. La caravana, así robada, es puesta en seguida por el Chomwi á merced de su asociacion comerciante hindo, que á su vez explota á los bárbaros del interior, comprando por 18 ó 20 dollars lo que vale 50 en Zanzibar. Y si el desgraciado indígena, ignorante del valor de las monedas, es bastante imprudente para preferir plata á las mercancías que se le ofrecen, pierde todavía más que si hubiera aceptado los artículos de deshecho; y si se muestra descontento se le obliga á regresar á su choza con los géneros. Hé aquí el sistema vigente en el particular, sistema que varia en los detalles segun la diversidad de lugares, pero cuyo principio es siempre y en todas partes el mismo. Para los bárbaros del interior es la pérdida; para los Chomwis de la costa y para los baynans el lucro bajo múltiples formas. Es de lamentar que el tratado celebrado en 1859 entre el gobierno inglés y el Imán de Mascata haya asegurado á este último el monopolio del comercio en todo el litoral de sus posesiones.

Además de los wamrimas y los Beloutchis hay en los puertos de la costa de Zanzibar cierto número de washenzi ó salvajes del interior que corren á contratarse como obreros, y que á veces, en razon de la torpeza con que se apropian lo ajeno, dejan espuesta su cabeza en algun pilar á la entrada de las poblaciones. Pertenecen en su mayoría á los wazaramo, tribu vecina, y se reconocen por su peinado peculiar; dirigen á los extranjeros miradas tan feroces como estúpidas, y en el momento en que yo desembarqué se separaron precipitadamente de mí por la razon que mas tarde espondré. A mas de esta poblacion flotante, hay algunos codiciosos bayans de India que, tan apegados como los ingleses á sus costumbres nacionales, se esfuerzan por introducir las en aquel pais.

Mi primera visita en Kaole me hizo comprender las dificultades sin cuento que debia encontrar. Habiendo concedido á los beloutchis de mi escolta permiso para saltar á tierra, trabaron conversacion con sus camaradas del fuerte, que hubieron de contarles tan terribles cosas de la expedicion que iban á emprender, que se vieron acometidos de un pánico indecible. Un soldado llamado Zhari, les manifestó, que para abrirse paso á través de los obstáculos y los peligros del interior, eran necesarios 100 hombres cuando menos, 150 fusiles y algunos cañones. Un comerciante hindo les habia prevenido que durante tres dias deberian atravesar un canton habitado por salvajes, que se emboscan en las copas de los árboles y descargan con tal acierto desde allí sus envenenadas flechas, que jamás dejan de herir á los viajeros, por cuya razon les recomendaba que evitasen cuidadosamente la proximidad de los árboles; precaucion en extremo difícil de tomar en un pais cubierto por completo de arbolado. Asegúroles tambien el Chomwi de Kaole que los jefes de la tribu de los wazaramo habian remitido seis cartas á los diversos funcionarios de la costa para impedir que el hombre blanco penetrase en su pais. Ladha-Damha

sugirióles, en fin, de un modo insidioso que los wazaramo podrian ocultar en la espesura de los bosques todas sus provisiones, y que los viajeros necesitan víveres para reparar sus fuerzas. Tambien yo tuve conocimiento de la existencia de peligros en que hasta entonces no habia pensado en lo mas mínimo, tales como la presencia del kagardan, especie de rinoceronte en el pais que iba á atravesar, animal que daba la muerte á 200 hombres á la vez; de ejércitos de elefantes que destruian los campamentos, y de hienas que causaban tantos estragos como los tigres de Bengala.

En vano objetaba yo que los fusiles en las manos de hombres de corazon son mas eficaces que cañones arrastrados por mándrias; que no se muere mas que una vez; que los wazaramo no saben escribir; que se pueden llevar consigo provisiones cuando no hay seguridad de encontrarlas al paso y que hasta ahora la pólvora y las balas han dado buena cuenta de los rinocerontes, de los elefantes y de las hienas; en vano, repito, apelaba á esto recursos; una fuerza mayor se declaraba en contra de mis argumentos.

A poco, sin embargo, se descubrió el origen de todos estos peligros. El jemadar y los ocho beloutchis que el saizid me habia dado para mi custodia querian agregar á sus filas á cuatro camaradas de la guarnicion de Kaole. Esta nada tenia que hacer, y los 35 hombres que las componian incluso su jemadar Yaruk, estaban prontos á escoltarme á pretexto de preservarme del peligro que iba á correr.

Accion tan caritativa como heroica debia ser recompensada como merecia. Un hindo llamado Ramji asociado del recaudador de Aduanas, tenia esclavos que apelaba tiernameamente sus hijos, los cuales entonces, decia, *se comian la cabeza en Zanzibar*, frase con que espresaba la ociosidad en que estaban sumidos.

Ramji consentia, pues, generosamente en poner á mi servicio durante seis meses sus esclavos mediante el módico precio de 50 dollars por cada uno, precio mas elevado que si hubieran sido adquiridos en venta. El tambien me indicó, despues que Ladha-Damha me habia aconsejado alquilar asnos para el trasporte de bagajes, que eran necesarios hombres pagados á razon de 50 dollars. Conocí la honrosa especulacion de que era yo objeto, y me some í á ella con admirable resignacion, porque es bueno en ciertas ocasiones aparecer como víctima de un engaño; juré, no obstante, interiormente que Ramji me las pagaria todas un dia.

M. Frost, boticario del consulado, que iba en compañía del cónsul, al que solo recetaba la morfina y el azúcar, se encargó tambien de desempeñar su papel. Para apresurar mis preparativos me declaró con dignidad de carácter oficial, que el estado de salud del coronel Hamerton no le permitia permanecer por mas tiempo en la costa. Ante declaracion tan terminante nada habia que replicar; me limité solamente á observar que la morfina me parecia un remedio que rara vez se emplea en la enfermedades del hígado, y me preparé á desembarcar inmediatamente, encargándole de la remision de dos memorias para la Sociedad Real de Geografia. Como la primera, meramente científica, llegó felizmente á su destino, y la segunda, que trataba del comercio de Zanzibar, ha desaparecido sin que hubiese vuelto á oirse jamás de ella, estoy tentado á creer que hubo de encontrar un fin prematuro.

El coronel Hamerton me habia varias veces advertido



que al investigar yo las causas del lucro de los comerciantes europeos ó indígenas de Zanzibar me atraería el odio y la aversion. Tratábase, según él, de poner en juego respecto á mi las mismas evoluciones que habian producido el asesinato de M. Maizan. Los negociantes cristianos debian despertar los temores y la inquietud de los comerciantes hindos, y estos alarmar á las tribus del litoral..... Encontrábanse sin duda honrosas excepciones, y entre ellas debo citar en primer término á M. Bérard, agente de MM. Rabaud, de Marsella. Su conducta formaba singular contraste con la del resto de la colonia mercantil, cuyos propósitos eran alarmantes hasta un grado tal, que el cónsul hubo de verse obligado á amenazar con castigo personal á un joven imprudente que se hacia estrepitoso eco de ellos.

(Se continuará.)

EL BALSAMO DE LAS PENAS,

NOVELA ORIGINAL

por Doña Angela Grassi.

En cuanto á Eugenio, con la lijereza propia de su carácter, advertia tan poco su mejora como habia advertido su abatimiento.

Y no era que Eugenio no la amase, no era que no poseyese un corazon sensible y bueno, no; es que estaba distraido, y su vida se deslizaba tan de prisa que no tenia tiempo para contar sus emociones. Tambien parecia haber olvidado á Claudio. Iba muy rara vez á su casa, y muy rara vez le invitaba á que participase de sus placeres; y á la verdad no era extraño, porque se hallaba sin cesar asediado de amigos y aduladores.

La persona que mas parecia ocuparse del pobre joven era la señora. Claudio la veia todos los dias con sorpresa bajar á su escritorio, y pedirle consejos sobre sus especulaciones mercantiles. Cándida iba siempre vestida con sumo lujo, y prolongaba sus coloquios el mayor tiempo posible, acompañando sus palabras de contorsiones que querian parecer coqueterías. Claudio no reparaba en nada, y se sorprendia de nuevo cada vez que veia entreabrirse la puerta y aparecer la vieja solterona.

En la casa de su principal no le habian vuelto á convidar á ninguna de sus fiestas, ni él lo habia solicitado. A veces, cuando se quedaba trabajando hasta una hora muy avanzada de la noche, veia entrar en el pátio los lujosos carruajes de los convidados, veia al través de los cristales de su ventana penetrar el resplandor de las bujías, y oia los acordes de la música del baile. Entonces dejaba el trabajo, cruzaba sobre la mesa sus manos y apoyaba en ella la frente. Otras veces se asomaba á la ventana, y seguia con la vista las movibles sombras que se dibujaban en la pared. Y así permanecia horas y horas hasta que advertia con sobresalto que era muy tarde y que su familia estaria inquieta. ¿En qué pensaba durante sus largas meditaciones? Ni aun él mismo lo sabia. Una sola noche habia asistido á lo que el mundo llama una brillante fiesta, y habia vuelto á su casa con el alma destrozada. ¿Deseaba con el ardor propio de la juventud, volver á mezclarse entre aquellas parejas alegres y turbulentas? No: sus gustos eran apacibles, sencillos los placeres que anhelaba su fantasía, pero entre las tinieblas de aquella noche, durante la cual sufrió tan penosas emociones, surjia una figura radiante y luminosa, una noble y altiva mujer que le habia ofrecido el apoyo de su brazo, cuando todos le despreciaban. Y

aquella mujer era hacia mucho tiempo el ángel que velaba su sueño, la dulce compañera que presidia á todos sus trabajos, la bienhechora estrella que iluminaba su vida.

¿Era amor lo que sentia por ella? Esta idea ni aún habia cruzado jamás por la imaginacion de Claudio. Aunque no hubiese sido la prometida esposa de su amigo, ¿cómo era posible que Genoveva, bella, rica, adulada, fijase sus miradas en el pobre y oscuro joven? Este hubiera sido un sueño muy atrevido, y Claudio era por demás modesto y delicado. ¿Qué sentia, pues, por ella? ¿Una aderacion igual á la que el hombre siente por su Creador! ¿Qué esperaba? ¿Nada! Lo que espera la pobre flor del sol naciente, cuando iergue su tallo y cimbrece ufana su ramaje al divisar el primero de sus rayos.

Es que Claudio, con sus treinta años, era cándido, amante y sensible como un niño. Su alma era tan pura como los copos de nieve que flotan en el ambiente antes de tocar al suelo, su corazon tan ardiente como el cráter de un volcan, solo que el volcan estaba cubierto de flores, y nadie acertaba á adivinar su existencia.

Todo en él era sentimiento; tenia toda la delicadeza de una mujer, toda la virginidad de alma de un adolescente. Habia cruzado el mundo con los ojos cerrados; juzgaba de todos por su propio corazon. Regia su conducta por los santos consejos de su madre. Sentia el alma llena de caridad, amor y benevolencia, y la derramaba á raudales sobre cuantos le rodeaban.

Hubiera querido ser útil á todo el mundo, hubiera querido enjugar todas las lágrimas; era para él una verdadera felicidad sacrificar algun placer para que lo recibiesen los otros. No pensaba que pudiesen existir los ingratos, y acaso no importaba, porque obrando así se servia á si mismo.

Su madre recordaba siempre con orgullo que cuando era niño repartia todas las tardes su merienda entre los pobrecitos niños de la calle, y que cuando fué descubierto, cuando tuvo que confesarlo, bajó los ojos y sus mejillas se tiñeron de rubor. Tambien contaba que en el colegio siempre era el intercesor de sus discolos compañeros, y que más de una vez se habia acusado por salvarlos.

Las acciones del niño indican las del hombre: Claudio á los treinta años tenia la misma abnegacion, la misma sensibilidad, abrigaba la misma cándida confianza que en sus primeros años. Nada habia podido aprender del mundo, porque hasta entonces para él el mundo se hallaba cifrado en su familia, y en su familia solo se conocian los sentimientos puros y sublimes.

Claudio, pues, en su época, era un verdadero anacronismo, y si hubiese intentado salir de su oscuridad, le hubiera sucedido como á las primeras mariposas que se ven despojadas de sus alas por el helado cierzo. Por esto la frívola sociedad le lastimaba, y solo hallaba verdaderos goces en la vida íntima.

Pero como tenia pocos medios de labrar la felicidad de los seres á quienes amaba, como no podia esparcir el bien á manos llenas, soñaba mucho, soñaba incesantemente.

Soñaba que era rico y repartia sus riquezas, soñaba que era dichoso y derramaba su felicidad sobre cuantos le cercaban; ¡ay! tambien soñaba que era bello y que era amado y que colmaba de dones y presentes al ídolo de su alma. Antes esta figura, á la cual rendia un entusiasta culto, era una figura vaga, impalpable, sin nombre; pero desde hacia algun tiempo esta figura caprichosa habia tomado la voz, el semblante, el noble ademán de Genoveva.

Y Claudio pensaba en ella de dia, soñaba con ella de noche, su recuerdo estaba siempre en el fondo de su pensamiento, su imagen delante de sus ojos.

Cuando la veia cruzar por delante de su ventana con un

vestido blanco y una corona de rosas en la cabeza, su corazón latía de júbilo y de orgullo: cuando no acertaba á divisarla, cerraba los ojos y creía verla con los ojos del alma. Pero no pensaba en que aquella mujer descendiese de su pedestal para arrojar sobre él una mirada compasiva, no ambicionaba que aquel corazón tuviese para él un solo latido. Tampoco lo hubiera querido. Si Genoveva le hubiese ofrecido su amor, se hubiera asustado con la ofrenda, se hubiera creído indigno de recibirla, hubiera retrocedido ante ella temeroso de no poder labrar su dicha. Así pues, estaba muy lejos de dar un nombre á su sentimiento, porque este sentimiento era dulce, tranquilo, constante; era un sentimiento que no iba acompañado de la esperanza, que no aspiraba ni apetecía la recompensa. Era casi un cariño de hermano; pero mas suave, mas intenso; era como el cariño que se profesan entre si los serafines.

Cuando Eugenio estaba al lado de Genoveva, cuando la protestaba su amor, Claudio no tenía celos; al contrario, gozaba con la sonrisa que animaba los labios de la jóven, mientras que si Eugenio se mostraba indiferente, Claudio se irritaba y aun le echaba vivamente en cara su desvío. Y es que en sus sueños la figura de Eugenio siempre se le aparecía al lado de Genoveva; para él eran dos seres indivisibles, y los envolvía á ambos en un mismo afecto.

¿No habia sido tambien Eugenio su protector? ¿no le debía la tranquilidad y el bienestar de su familia? ¿y no era el único, el solo digno entre cuantos conocía para poseer á Genoveva?

Para los que no hubiesen tenido la necesaria delicadeza para leer en un corazón como el de Claudio, la idea de que pudiese tributar un culto tan apasionado á Genoveva, hubiera parecido un absurdo.

Claudio no deseaba verla, no deseaba estar á su lado. No hubiera tenido mas que pronunciar una palabra para acompañarla en sus paseos, en sus diversiones, y lejos de eso lo rehuía constantemente. Subía á su gabinete á la hora de la lección, y apenas habia acabado se daba prisa en dejarla. Nunca la dirigía una palabra galante, nunca manifestaba impaciencia por las preferencias que dispensara á otros. ¿Cómo el vulgo materialista habia de creer que la amaba? Pero Claudio era un ser á parte y amaba de otro modo. ¿Por qué desear verla, si su imagen le acompañaba á todas partes? ¿por qué dirigirla frases estudiadas, si no deseaba despertar en ella ni el mas ligero afecto?

Era una novela, cuyo argumento tejía á solas consigo mismo, y cuyas sublimes páginas solo de Dios y él serian leídas.

Era un sentimiento tan casto, que lo guardaba entre los mas escondidos pliegues de su alma, como guardamos cuidadosamente los perfumes para que el aire no los desvirtúe.

Y así se pasaban sus dias, tranquilos, uniformes y pudiéramos decir felices.

Una mañana, mientras daba su lección, entró el aya apresuradamente, y con ese placer que experimentan las almas ruines al dar una mala noticia, dijo con acento que queria ser plañidero, pero que rebotaba de maligna alegría.

—Señorita, no sabeis una novedad? Gámbara se ha separado de su mujer, ó por mejor decir, la ha abandonado. Tiempo hace, que vivian separados, aunque habitasen la misma casa; pero ahora él se ha ido á vivir con una parienta suya, que ha llegado de Andalucía, llevándose al niño mayor. Las dos niñas pequeñas se han quedado con su madre. Pero no es esto lo peor, sino que el notario se niega obstinadamente á darle nada, pretestando que no puede vivir con ella por su mala conducta, y la pobre mujer, que es tímida é irresoluta en demasía, no se decide á acudir á

los tribunales, no se atreve á dar un escándalo; espera reducir á su marido con la dulzura; pero hasta ahora nada ha conseguido.

A todas sus súplicas el marido contesta con el divorcio, porque sabe que ella no se atreverá á tomar ninguna medida que se le violenta. La pobre está acobardada, tras tantos años de sufrir escaseces y malos tratos. Porque Gámbara desde que se casó, ya no quiso que su mujer recibiese visitas ni tratase con nadie... La infeliz se asusta de ver á cualquiera, y ya apenas sabe hablar. Ya hace mucho tiempo que se ha separado de ella, cerca de tres meses... lo ha sabido por una criada que tuvo hace algunos años, y que la queria mucho.

Parece que Gámbara habia hecho trasladar sus mejores muebles y todo su equipaje á su nueva habitacion, y ella, hallándose sin recursos, temerosa siempre del escándalo, se ha mudado á una boardilla de la misma casa que ocupaba, en donde vive de lo que gana.

Ahora, para colmo de desdichas, está enferma, gravemente enferma, sin mas compañía ni mas auxilio que el de las dos niñas, de las cuales la mayor cuenta ocho años. Dicen que ha enviado á esta última á ver á su padre, y que la ha despedido con bárbara crueldad. Tambien ha interpuesto el influjo de su confesor, para que al menos la mandara algun auxilio; pero al decir éste á Gámbara que su mujer no podría resistir tantos tormentos, se dibujó en los labios del notario una sonrisa de infame complacencia. A todo contesta que su mujer acuda á los tribunales, y que solo por la ley se avendría á darle sus alimentos.

Claudio sintió oprimírsele el corazón al oír este relato, y cayó en una meditacion triste y profunda. Acabada la lección, se dirigió cabizbajo á su escritorio; gemía al pensar en la escasez de medios que le privaba de pagar en aquella ocasion la sagrada deuda de su gratitud, y la monedita de plata de la pobre Juana revoloteaba delante de sus ojos y le oprimía el pecho como una pesada losa.

¿Qué felices son los ricos! balbuceaba de vez en cuando levantando los ojos al cielo, ¡qué felices son, Dios mio!

Aquel día era el último de mes. Al salir del escritorio, el cajero le entregó la paga. Claudio sintió palpar su corazón, y un deseo vehemente se apoderó de su alma. Con la tercera parte de aquella suma, podia minorar la desgracia de la infeliz enferma. Pero aquella suma no le pertenecía; pertenecía por entero á su familia. Claudio permaneció mas de una hora apoyado en la mesa, y entregado á una espantosa lucha. Aquel dinero le abrasaba las manos.

Cuando dejó la casa de su principal, era ya de noche. Quiso dirigirse á la suya; pero por todas las calles que tomaba, iba siempre á parar á la del Barquillo. Veinte veces retrocedió, y veinte veces una fuerza superior á su voluntad le impulsaba hácia el mismo sitio. Era la fuerza misteriosa de su ardiente caridad.

La última vez se detuvo, cruzó los brazos sobre el pecho y tras de un instante de meditacion, dijo con acento firme y entusiasta.

—¡Sea! ¡Dios nos ayudará!

Y luego se lanzó en el portal de aquella casa, de la cual habia sido ignominiosamente espulsado, y subió con el pecho palpitante los ochenta y nueve escalones que conducian á la boardilla. La puerta estaba entornada, Claudio llamó suavemente, una niña salió á habrírle, y se sonrió tristemente al reconocerle.

—¡Mi madre está enferma! dijo.

—¡Quisiera verla!

La niña permaneció irresoluta.

—Necesitaba verla, añadió Claudio con vehemencia.

La niña abrió del todo la puerta, y le invitó á seguirla.

¡Y qué diferencia de aquella miserable habitacion, con la habitacion suntuosa que la desdichada familia ocupaba antes!

Claudio entró en un gabinetito, en el cual había una alcoba, oculta tras unas cortinas de sarga verde.

La niña levantó la cortina.

—Mamá, un caballero, dijo con su voz vibrante é infantil.

Era la hora del crepúsculo. Una luz dudosa alumbraba el aposento, y la alcoba estaba sumida en tinieblas. Claudio, al penetrar en ella, solo pudo distinguir una masa informe, que supuso sería el lecho; pero oyó una voz débil, que le decia con un acento de infinita dulzura:

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Soy Claudio! murmuró el jóven en voz baja, el antiguo escribiente de vuestro esposo.

La enferma dejó escapar un gemido. No habia olvidado el modo indigno con que habia sido tratado el pobre joven, y en su turbacion, tal vez temió que iba allí con el objeto de gozarse en su infortunio.

Pero Claudio repuso.

—En medio de mi desdicha, señora, Dios puso en mi camino otro ángel como vos! ¡Mi suerte ha mejorado! ¡Tengo pan para mi familia!

Hoy he sabido vuestra desgracia, hoy he cobrado la paga, y vengo á partirla con vos... ¡Es poco, es muy poco! pero Dios sabe que si fuese rico... partiria del mismo modo lo que poseyese, con la que tuvo lástima de mí!

REVISTA DE MADRID.

El calor no ha terminado.

Vivimos sobre poco mas ó menos en la misma temperatura de que disfrutábamos á principios de agosto. Es decir, asándonos.

Y entretanto no llueve, y la cosecha del año venidero, *sospechan* los agricultores, que no será buena, y como la del presente no ha alcanzado sino una medianía, suben los granos y el pan se come á cambio de considerables sudores: y eso que estamos en plena cosecha.

Pero á bien que va menguando la *cola* del Banco, y los que por oposicion á esta sociedad acudian á cambiar billetes á la plaza de la Leña, se han convencido de que, con la ayuda de cinco millones diarios en oro que acuña la casa de moneda, la crisis metálica es una farsa. Asi lo han dicho algunos periódicos *autorizados*, y nadie puede dudar de la autoridad de tales periódicos.

La corte volvió el 17 de Santander á la Granja, donde continúa, mientras que en Madrid la infanta doña Cristina, esposa de D. Sebastian, ha dado á luz un robusto niño, que fué recibido en el mundo, primero por el señor Corral, y despues por los funcionarios y altos personajes que al acto habia llevado la etiqueta. Los infantes D. Sebastian y doña Cristina, que contrajeron matrimonio en la noche del 19 de noviembre del año pasado, han tenido la dicha de lograr el amante fruto de su union justamente á los nueve meses de su matrimonio. La infanta se sintió acometida de los dolores del parto el 19 de este mes. La madre y el niño siguen bien.

Ya dijimos que se habia inaugurado la seccion férrea de Madrid al Escorial, pero con tan mala fortuna, que apenas hay viajero que pise ninguna de las estacio-

nes intermedias, ni aun las extremas. Se habla de la mala construccion de la via, de la falta casi completa de material, de la ignorancia completa de los empleados y de otros mil defectos que completan la obra. Se dice que en algunos puntos el desnivel del camino es de cinco por ciento; que en otros, en que se han practicado desmontes, el hueco que recorren los trenes es tan estrecho que apenas media la distancia de treinta centímetros desde las ventanas de los coches hasta las paredes laterales del desmonte. Finalmente, la marcha de los convoyes se hace tan pesada, que el director de correos trata de que sea conducida la correspondencia del Norte por medio del abandonado sistema postal, en atencion lo mucho que se retrasa por el ferro-carril.

Es verdad que el camino de hierro del Norte pertenece á una compañía francesa, ha sido construido por ingenieros franceses, tiene todos ó casi todos sus dependientes franceses, y está completamente á la francesa. Es verdad tambien que para junio de 1860 debió quedar terminada toda la línea, y para agosto de 1861 apenas hay en explotacion una tercera parte, y las otras dos no se terminarán, es lo probable, en otros muchos años, pero eso nada importa; de todas maneras, aun se viaja con mas rapidez en posta que por el ferro-carril del Norte.

Como el calor ha continuado, y sin duda por esta única razon, han proseguido tambien los horrores y los crímenes que hace ya dos meses están afligiendo á la villa coronada. Varios asesinatos y suicidios, contiendas y casi batallas se han presenciado en esta quincena, y aunque el rigor de la ley servirá de escarmiento, creemos que mientras el rigor del sol no modere, y la sangre no logre atemperarse continuaremos deplorando males y desgracias.

No pocos incendios han venido á hacer sonar el rebato en nuestras parroquias; pero han sido poco considerables sus efectos, viniendo á demostrar cuán rápidos y eficaces son los auxilios que en tales casos prestan los zapadores y bomberos de la villa. Un tal Robisco, en un fuego ocurrido en la calle de Preciados, se portó con tanto valor y honradez que ha merecido las mas cumplidas alabanzas de la prensa.

Esta y algunas otras acciones generosas que presencia la corte á menudo, la consuelan del dolor que experimenta por los repetidos crímenes de que hemos hablado.

Pasemos ahora á decir algo de los teatros.

Ya anunciamos que D. Francisco Salas, conocido empresario del teatro de la Zarzuela, habia contratado ó trataba de contratar á la señora Albini. Hizolo así, y ya ha anunciado la apertura de su coliseo para el dia 1.º de setiembre.

A mas de la señora Albini, cuenta con la Santamaría, la Rivas y alguna otra artista, entre las que se halla una alumna del Conservatorio, la señorita doña Enriqueta Toda, en la que esperan mucho los aficionados.

Esta nueva cantante *debutará* en la ópera cómica francesa de Herold, *Le Pré aux Cleres*, que ha puesto en verso castellano, acomodándolo, á la música del maestro francés, D. Narciso de la Escosura. Esta será

también la obra que se ejecute en la primera función de la temporada.

De la época en que ha de comenzar el Circo de la plaza del Rey sus representaciones nada se dice; solo sí que será director de escena D. Isidoro Valero, y que la empresa hace esfuerzos extraordinarios por reunir un buen cuadro.

Habrà por consiguiente competencia.

De esto no podrá resultar mucho bueno para la zarzuela, pero de seguro alcanzará mucho malo la literatura.

Afortunadamente Madrid, que puede sostener un gran teatro de ópera italiana, dos de ópera cómica de todos los países, uno de vaudeville, cuatro cafés líricos y dos circos ecuestres, contará este invierno con un teatro de comedia y drama nacionales no completo, el Príncipe; con otro de temporada, Variedades, y con un tercero que sufrirá mil vicisitudes y desgracias antes que termine la temporada, Novedades.

Al frente del primero se hallará Delgado, y fácil es comprender que no será muy *recia* la lucha que sostendrá este actor contra sus enemigos lírico-acrobáticos.

En el segundo actuará Romea, si es que se arregla con Mr. Coutouriez, pero solo hasta que á este buen señor le ocurra la idea de traer su *troupe française*, en cuyo caso la gente del señor Romea tomará las de Villadiego.

Para el tercer teatro D. Juan de Alba formará una compañía de medio carácter, en la que trabajará como primera actriz doña María Rodríguez, con los señores Calvo y Córcoles. No es difícil conocer que la vida del coliseo de la plaza de la Cebada estará muy comprometida, sobre todo si las zarzuelas y la ópera llaman, como es de creer, la atención.

Todo esto quiere decir:

1.º Que Delgado, con la Teodora, la Toral, Casañé y Pizarroso, que ha sustituido á Calvo, vivirá en el Príncipe muriendo, y que á no aparecer otro *Tanto por ciento* el de este coliseo estará muy en baja.

2.º Que Romea, con la Berrobiano, Boldun y Florencio, *vejetarán* en Variedades hasta que la Celina Montaland, ú otra graciosa hija del Sena, vengan á decirle: *allez donc, mon ami l'espagnol, L'Espagne est á moi*.

Y 3.º Que Alba pondrá en escena *Los perros del monte de San Bernardo*, con otras producciones del mismo género, para contentamiento y solaz de los arrieros y carromateros que paran en la calle de Toledo; y que tan luego como los frios y las nieves hagan menos frecuentes los viajes de lo que lo son á principios de invierno, y cuando para llegar desde Madrid hasta la plaza de la Cebada se necesiten Dios y ayuda, comenzará á suspender las funciones y acabará tal vez por suprimirlas, á consecuencia de las consiguientes pérdidas que le proporcionará el teatro.

Entretanto Arjona con la Buzon y Tamayo, ganará su pan en Sevilla.

Valero no sabemos dónde.

Matilde y los hermanos Catalina en Barcelona.

Don Fernando Ossorio en Valencia.

La Palma y D. Manuel Ossorio en la Habana.

¿Para qué hemos de repetir que las letras están de luto?

Fuera molesto llorar sobre la tumba del teatro por la sola razón de que hoy no tenemos sino la mitad de uno nacional.

Si ya la opinión es zarzuelera, ¿qué le hemos de hacer? ¡Viva la opinión!

El gobierno y la aristocracia protegen al teatro Real. Hoy, dicen, no es culta la nación que no tiene en su capital una magnífica compañía de ópera italiana. Vengan cantantes de *primitivo cartello*, que nos cuesten á duro por fusa, y aunque no se escuche un verso castellano, nadie podrá negarnos una civilización á prueba de gorgoritos.

La banca y la gente de fondos protegen á la zarzuela y sus dos teatros. ¿Qué les importa que los *libretos* sean malas traducciones, las *partituras* escandalosos plagios, los cantantes urracas y los actores gansos, si todo el mundo sabe que tienen el turno par ó impar? Al banquero A ó B, y al alto funcionario X basta el que nadie ignore que cada segundo día se presentan su señora y niñas con prendidos nuevos y diferentes vestidos.

En cambio, nadie protege al pobre teatro de *verso*, como han dado en llamarle, por no decir *español*. ¿Y cómo se le ha de proteger? Si nadie va ya al coliseo del Príncipe, y no hay un solo palco abonado, y el papel es oscuro, y no favorece, y el edificio es viejo, y hasta huele mal; ¿quién se acuerda ya del *corral* del Príncipe?

Preguntad á la gente de dinero, á los que pueden, á las personas *decentes*, como ellos se llaman, cuántas noches han ido á ver *El Tanto por ciento*, y os contestarán que ninguna. Si el público ha favorecido á aquella comedia treinta y tantas veces, ese público no es ni el del teatro Real, ni el de los abonos de la zarzuela.

Pues de Variedades no se diga. Aquello es estrecho, ahogado, insoportable.

Novedades está lejos, con que á la Zarzuela, que allí *La Vieja*, y *El Niño*, y *La Edad en la boca*, y otras cosas de este jaez divierten á muy poca costa.

Si cuando el corregidor de Madrid quiso Arjona acabar con el teatro prohibiendo á Maíquez representar en la corte, se hubiese inventado la zarzuela, no habría tenido aquel buen señor que acudir á medidas de represión.

Pero vamos adelante.

Para que haya en Madrid mas teatro extranjero, una cierta marquesa de Zambecari con su gente dará diez representaciones de tragedia italiana en el Príncipe.

Concluiremos diciendo que la primera obra que el Sr. Delgado pondrá en escena será *Gabriela de Vergy*, tragedia de D. José M. Díaz.

En la REVISTA próxima, ya podremos decir algo de obras nuevas representadas.

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID, 1861:

Imprenta de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de J. M. Rosés, Magdalena, 38, principal.